

La Ilustración Artística



Año XIII

← BARCELONA 16 DE ABRIL DE 1894 →

Núm. 642

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SALON PARÉS



FANTASÍA

cuadro de D. Francisco Masipia (de rotografía de Audouard y C.^ª)

G. ZINGERER & BÖSCHL. PH.



Texto. - *Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. - *La lucha por la existencia*, por el doctor K. - *Por acostarse temprano*, por M. Ossorio y Bernard. - *La isla de Capri*, por X. - *La hija de las hadas*, por Manuel Amor Meilán. - *Nuestros grabados.* - *Miscelánea.* - *Hechizo peligroso* (continuación), novela de Andrés Theuriel, traducida por Carlos Frontaura, con ilustraciones de Emilio Bayard. - *Cuentos de Grimm.* *Las tres plumas.* - Libros enviados a esta Redacción por autores ó editores.

Grabados. - *Fantasia*, cuadro de Francisco Masriera (Salón Parés). - *La primera nube*, cuadro de W. Q. Orchardson. - *La impasible*, cuadro de Aristides Sartorio. - *La primavera*, cuadro de Pablo Sinibaldi. - *Isla de Capri: Ermita de Tiberio; Los «faraglioni»; Boredadora de Anacapri*, cuatro grabados. - *Un sermón*, cuadro de Salvador Sánchez Barbujo, grabado por Sadurní. - *El príncipe Arturo y Huberto*, cuadro de W. F. Yeames. - *Astarté Syriaca*, cuadro de D. G. Rosetti. - *El irresistible*, cuadro de Randolph Caldecott. - *Cuentos de Grimm: El gnomo; Los músicos de Bremen; Las tres plumas; La hija del molinero*, cuatro dibujos de P. Grot Johann. - *Vista de Mónaco.*

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Nuevo atentado anarquista en el comedor Foyot. - Desdichas de un corifeo del partido. - Espíritu nuevo en la política francesa explicado por Spuller. - Los funerales de Kossuth en Pesth. - La evocación de Kosciusko en Cracovia. - Muerte de Sequard que buscaba el elixir de larga vida. - Memorias del príncipe de Joinville. - Recuerdos del general Caradoc, embajador de Inglaterra en Madrid.

I

Los atentados anarquistas se parecen á los descarrilamientos. Como éstos meten miedo de útil tan indispensable á las comunicaciones como los ferrocarriles, aquéllos meten miedo de principio tan vital á la existencia como el derecho y la libertad. Pero ni podemos prescindir del ferrocarril, á pesar de los descarrilamientos, ni del derecho, á pesar de los atentados. En el barrio latino, á la puerta del hermoso Luxemburgo, cerca del Odeón y no lejos de la Sorbona, cogollo de las letras oficiales, ha estallado un petardo el 3 de abril, á las nueve y media de su noche, puesto por un criminal en la ventana del comedor Foyot, sitio donde suelen reunirse á diario muchos catedráticos y muchos senadores, por su excelente situación respecto de la Universidad y del Senado. Explosión terrible, terror pánico, lluvia de hirvientes vidrios, nubes de polvo y humo, desperfectos en puertas, ventanas y mesas y paredes, varios heridos, entre los cuales dos gravísimos; todo esto produjo el nunca bastante condenado crimen, puesto en obra por una clase de locos perversos, que vuelven contra la sociedad aquellos elementos químicos encontrados por la ciencia para esclarecimiento y progreso de esta sociedad misma. Aunque pasó lo de siempre, la terrible uniformidad así del intento como del resultado, hubo en este caso una excepcional circunstancia, demostrativa del peor lado que tienen los crímenes dirigidos contra colectividades anónimas. En los dos mayores ejemplos de hechos análogos, las bombas de Orsini en París y las explosiones de Petersburgo en Rusia, dirigíanse los atentados á dos personajes personificadores de dos instituciones, á Napoleón III y Alejandro II, César el uno de Occidente y zar el otro de Oriente. Mas ahora se asesta el golpe al bulto, sea quien fuere; á la muchedumbre, compóngala quien la componga. Por esto puede darse con frecuencia el caso de que un explosivo mate al hijo y á la madre y á la mujer de quien lo enciende y despiende, cuando no á éste mismo, como sucediera en Londres y Madrid con dos anarquistas. No ha mucho que sucedió el atentado de Vaillant en el Congreso francés, y no ha mucho que tras aquel atentado se reunieron varios estetas, corruptores de la gran idea del arte por el arte, capaces de incendiar á París, como Nerón á Roma, por lo hermoso del espectáculo estético. Hallábase allí, entre tantos adoradores de la belleza divorciada del bien, un escritor anarquista, el amado Tailhade, quien dijo que importaba poco el crimen cometido por Vaillant ante la hermosura de su actitud y de su gesto al despedir la bomba, sólo comparables, añado yo, al gesto y actitud de Nerón, cuando, vestido de Apolo y llevando en las manos áurea cítara tañida por sus delicados dedos, celebraba el incendio de la sacra Ilion entre las llamas que consumían á la Ciudad Eterna. Pues bien: el apolo-

gista de Vaillant y su crimen estaba en el comedor cuando estalló la nueva bomba; y, efecto del estallido, cayó casi deshecho en tierra, perdiendo un ojo, arrancado á su rostro por los vidrios ardientes. Al sentirse así, no dijo nada el cuitadísimo de gestos y actitudes, llevóse la mano á la malherida frente y gritó: «¡Al asesino!» Hay Providencia.

II

Los desvaríos y delirios en que incurre la democracia francesa exigen un correctivo; y éste se halla bien lejos del código de leyes excepcionales ó del abuso de visitas domiciliarias nocturnas con carácter inquisitorial; se halla en una dirección de los elementos y de los esfuerzos políticos hacia la indispensable alianza entre las instituciones republicanas y los elementos sociales conservadores, obligados á sostener todos los gobiernos estables, no por amor que tengan á ninguno de carácter democrático, por inevitable necesidad y por propio derecho. El elemento conservador más apercibido á ingresar en la República francesa y sustentarla, es el elemento católico. Esquinado con el partido nuestro allí, en parte por tradicional guerra entre nosotros y en parte por nuestros dogmatismos; después que lo han calmado las Encíclicas de León XIII, se enseña de él una inclinación evidente hacia la forma nueva de gobierno, como á los republicanos se impone la dejación de todos aquellos alardeos antirreligiosos tan funestos, que so color de atacar al clericalismo, desacataban al clero y nos indisponían tristemente con la Iglesia. Un soberano esfuerzo necesitó mi amigo el ministro de Instrucción pública Spuller para sobreponerse á viejas supersticiones de su escuela, que constituyen una tradición funestísima, y tornarse hacia los conservadores católicos franceses, diciéndoles cómo, triunfante la República, por libre de aquellas nubes condensadas sobre su frente y de aquellos estremecimientos tan oscilatorios bajo sus pies, había de adquirir el estado de ánimo y espíritu en consonancia con su fuerza y con su triunfo: la moderación y la prudencia. Espíritu nuevo llamó el ministro de Instrucción á esto, y espíritu nuevo es, cuando se compara con aquellas invocaciones á las nuevas capas sociales, como si hubiese alguna bajo el sufragio universal y la igualdad civil; con aquellos discursos de Romani, tan funestos á la República y á su estabilidad; con aquella cruzada religiosa contra el clericalismo, tan temeraria como suicida; con aquella presentación para jefe de sus enseñanzas al pueblo francés de un positivista, en que al fundador del abominable ateísmo y materialismo reinantes se le llamaba el primero entre los pensadores del siglo; con aquel artículo séptimo de la ley de Instrucción pública tan tirano y con aquellas persecuciones á las órdenes religiosas tan dementes; con todo aquel gambetismo de los últimos tiempos que casi nos llevó á la repetición del 2 de diciembre, cuyas funestas zozobras hubiéramos visto de nuevo, si en el general Boulanger hubiese resucitado un Bonaparte de prestigio militar y no un vulgarísimo Catilina de arrebatos fugaces é impresiones pueriles. Yo estoy, pues, por el espíritu nuevo.

III

Una de las más tiernas ceremonias celebrada en los días últimos ha sido la triunfal carrera de los restos del gran Kossuth, bajo los arcos cubiertos de arcos fúnebres que le habían levantado sus compatriotas, desde Turín; donde pasara su destierro, hasta Pesth, donde dormirá en paz, para recibirlo cual merecían sus virtudes y envolverlo en la tierra por cuya independencia pugnara toda su vida y sin descanso ni tregua se sacrificara durante casi todo nuestro siglo. La procesión inacabable que precedía con recogimiento el ataúd, las negras colgaduras que pendían de ventanas y balcones, las cámaras vestidas de luto que rodeaban el cadáver, la peregrinación de pueblos enteros que rendían á su gran memoria el homenaje último, los tañidos de todas las campanas en los campanarios de todas las iglesias, el himno lanzado por un coro de trescientas mil voces atronando el espacio, han compuesto uno de los actos fúnebres más extraordinarios que hayan registrado los anales humanos en la perdurable sucesión de los tiempos eternos. Este triunfo de un muerto, que vivo se creyera roto y acabado, muestra cómo la sociedad abarca en su amplio espíritu las verdades políticas mejor que los individuos, no engañándose, cual éstos, que se creen vencidos cuando no han realizado por completo el sueño de sus ideales, como si la realidad correspondiese al pensamiento siempre, y no estuvieran el tiempo y el espacio erizados de obstáculos que ofrecen á todo progreso resistencia, y enmarañadísimos de límites en

que deberán por fuerza contenerse y encerrarse las abstracciones incondicionales é infinitas. No triunfó la república de Kossuth en Hungría tal como Kossuth la propusiera, pero triunfaron la libertad y la independencia por que tanto trabajara Kossuth. Basta con lo último. Dejémosle á cada día su pena y á cada generación su obra. Para demostrar el número de obstáculos con que tropezaba la del gran patriota, paréceme suficiente recordar cómo se opusieron á ella los eslavos en general, y en particular los eslavos croatas, por la tutela que tenía y tiene sobre sus pueblos el estado magyar, á los esfuerzos de Kossuth restablecido. Y ni en la muerte le han permitido reposo y paz, pues han levantado frente á frente del héroe de los mogoles, como llaman ellos á los húngaros, el héroe de los esclavones, como llaman los húngaros á los croatas, han levantado la imagen de Kosciusko. Pero los croatas debían haber pensado que, despertando la memoria de quien batalló junto á Washington por la independencia de América, y recibió por sus victorias la orden de Cincinato, y obtuvo el título de ciudadano francés concedido por la grande Asamblea que proclamara los derechos del hombre, y peleó en las últimas guerras de Polonia con sus enemigos y desmembradores, no puede ser opuesto á Kossuth, sino con Kossuth sumado en el seno de la humanidad y en los anales de la historia.

IV

Ha muerto el sabio Sequard, un enemigo de la muerte. Profesor en París, había hecho descubrimientos como los de Pasteur, como los de Bernard, como los de Chevreuil, como los de See, como los de Charcot, como los de Virchow, como los de Kock, sin llegar al nivel y altura de fisiólogos y médicos tan eminentes; debiéndose tal injusticia incomprendible á un poco de magia y á un mucho de reclamo con que rodeó él sus hallazgos, así como á la intrínseca substancia y esencialidad de éstos. Desde los tiempos del buen Arnaldo de Villanueva y del conde de Cagliostro no se había notado un resplandor de magia en torno de los hallazgos científicos como el que despedían las obras del eminente sabio en la conmovible conciencia popular. Habiendo sostenido la virtud natural de ciertos jugos para conservar la salud y la vida por inyecciones epidérmicas, atribuyóle con rapidez el vulgo un taumaturgo ó alquímico deseo de haber inventado el elixir de la inmortalidad. Así no había dado con un invento, cuando gacetillas de periódico, dicharachos de plebe, cantares de taberna, gracias y caricaturas de comedia lo ponían en ridículo, anunciando por medio de burlescos equívocos la transformación del hombre y del mundo al morir la muerte. Y, sin embargo, de tales y tan profundos estudios, cuya superficie tan sólo conocía la generalidad, han quedado aplicaciones á la ciencia de curar que aprovecharán todas las clínicas y fortalecimientos á los músculos y á la sangre que aprovecharán todos los enfermos. No conozco invención alguna exenta de ir acompañada, en su aparición, por aquella etérea poesía, connatural á todos los comienzos del progreso; y como en las fábulas se guardan muchas verdades, en tales fantaseos mucha y muy práctica utilidad.

V

El príncipe de Joinville, hijo del rey Luis Felipe de Orleans, ha publicado unas Memorias en las cuales pretende disculpar á su padre de cosa para un legitimista y reaccionario tan grave como haber usurpado el trono á la dinastía secular, á quien le tocaba en derecho. «De mis amigos me libre Dios, dice nuestro refrán, que de mis enemigos me libre yo.» El Rey de las Barricadas debe pedir al cielo que lo preserve del alegato en favor suyo hecho por sus hijos. La monarquía de Julio no tiene más defensa que la fundada en principio tan justo y defendible como la soberanía y la voluntad nacional, que cambian, cuando les place, las formas de gobierno y las dinastías de antiguo abolengo. Pero si tienen los reyes un derecho anterior y superior al derecho de los pueblos, no hay más remedio que considerar la revolución del treinta como un crimen, Luis Felipe como un criminal y Joinville mismo como un cómplice del crimen y del criminal, habiendo pertenecido á la dinastía usurpadora y cobrado de su lista civil. Los Borbones de Francia no podían en el trono continuar desde que se opusieron á la libertad de imprenta, y Luis Felipe debía caer desde que se opuso á la indispensable ampliación y universalidad del sufragio. ¡Pues no faltaba más! Yo voy á contar una anécdota que me refirió el general Caradoc, secretario de la embajada inglesa en París el año treinta. Los postreros adictos á la Restauración le comisionaron para que á marchas dobles y rápidas

fuese al encuentro de la dinastía huída y le pidiese la persona del duque de Burdeos, luego Enrique V, para ponerla bajo la regencia de Luis Felipe. «No entregaré, díjole á sureclamación la princesa de Berry; jamás entregaré á una familia de regicidas el nieto de cien reyes.» Y se volvió Caradoc, que me contaba esto en su palacio de la Embajada inglesa aquí el año cincuenta y cinco, sin el príncipe. «Si lo llevo, exclamaba con una grande ingenuidad y candor el general, no entro en París.» Vamos: el duque de Joinville ha sido un terrible fiscal de su padre y de su abuelo, amén de propio fiscal suyo. No puede juzgarse la política como un ordinario pleito. Y aquí hago punto dejando para otro día, en que tenga más tiempo y menos faenas, mayores noticias.

LA LUCHA POR LA EXISTENCIA

Entre las armas más extrañas de que se sirven las plantas para sostener la lucha por la existencia figu-

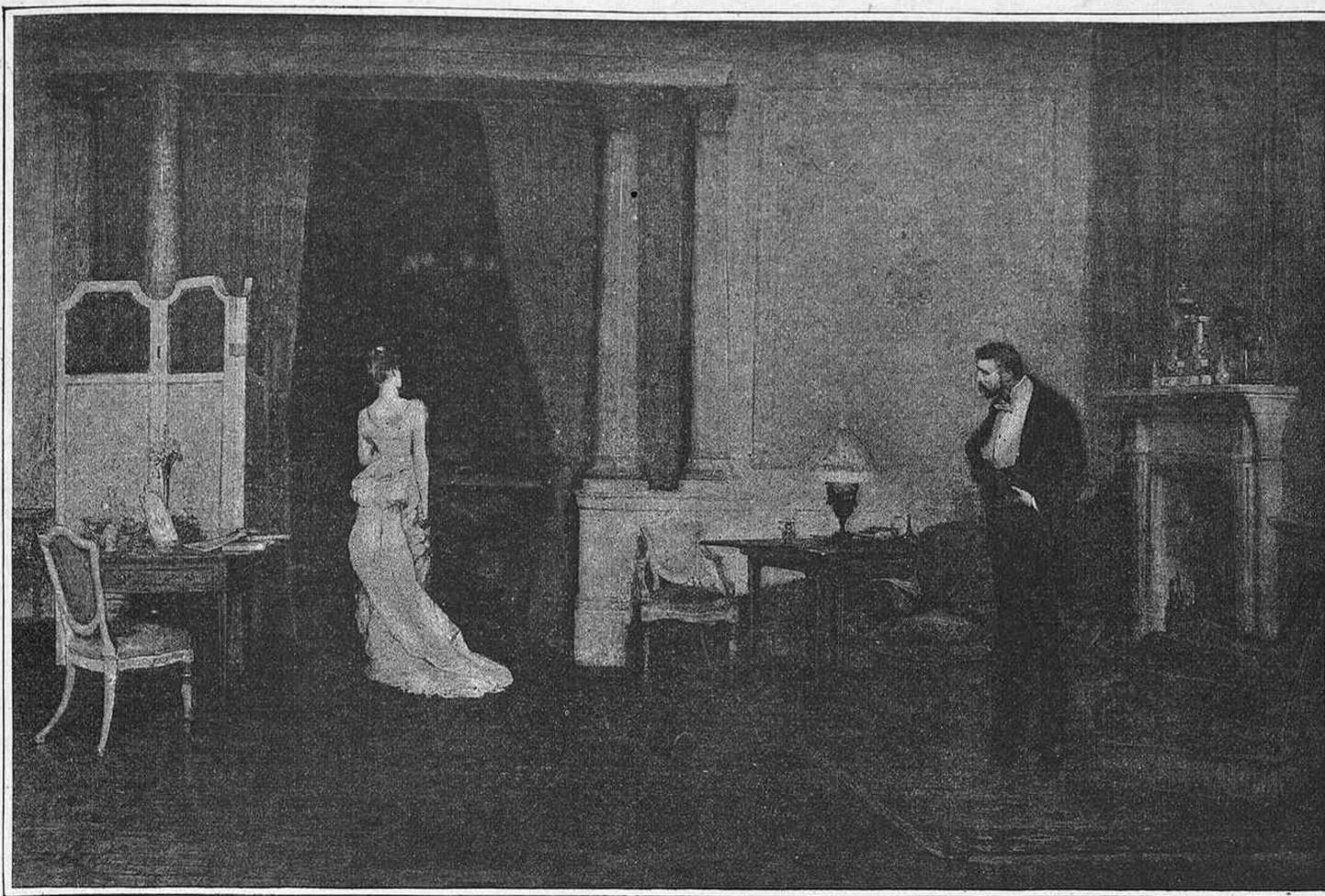
ran las alianzas ofensivas y defensivas que algunas familias vegetales concertan con ciertas especies de animales, á las cuales se adaptan proporcionándoles alimento y vivienda y siendo en cambio por ellas defendidas contra otros animales que les tienen declarada una guerra de exterminio.

Una de estas alianzas más interesantes es la de una especie de acacia con una especie de hormigas: la *Acacia sphaerocephala*, planta indígena de la América central, es un arbusto frondoso con hojas bipennadas y dotada de espinas grandes y muy fuertes.

Las hormigas protectoras de este arbusto lo defienden contra otros insectos que devoran las flores y que acabarían por hacer desaparecer esta especie de acacia, y en pago de tal servicio hallan en ésta elementos de vida que nada tienen que ver con la cuestión de la existencia de la planta.

La presencia de los citados elementos de vida en dicho arbusto, sólo puede explicarse por la adaptación que gradualmente se ha realizado entre el vegetal y el insecto.

DOCTOR K.



La primera nube, cuadro de W. Q. Orchardson, R. A., que forma parte de la colección de Enrique Tate

Estas espinas son huecas y en ellas tiene el árbol ocultas sus armas vivientes, ó sean las hormigas protectoras que pueden entrar y salir de ellas por un orificio practicado cerca de la punta.

La *Acacia sphaerocephala* no sólo ofrece á sus defensoras cómoda vivienda, sino que también les proporciona alimento abundante en forma de azúcar y aceite y además materias albuminosas contenidas en diminutas vainas que se encuentran al extremo de las hojas y que son prueba clara y evidente de que se trata de una adaptación.



LA IMPASIBLE, cuadro de Aristides Sartorio

POR ACOSTARSE TEMPRANO

I

El joven conde del Arroyuelo era tonto efectivamente, según la malicia sospechaba y era voz general?

No es fácil dar á la pregunta que antecede una contestación categórica, porque sabido es que, aun antes de haberlo dicho D. Hermógenes, todo es relativo en este pícaro mundo, y la tontería del conde no había sido un obstáculo para el auge de su casa, ni le había impedido casarse con una joven lindísima, ni constituía impedimento para que sus *soirées* se vieran siempre favorecidas por ese «todo Madrid» que acostumbra á hacer los honores á un buen *buffet* trescientas sesenta y cinco veces al año. Y lo mismo el *buffet* de casa del conde, que la franca alegría que en su casa reinaba, habían llegado á ser proverbiales en el mundo elegante. Ciertamente que el conde y su familia no eran muy escrupulosos ni exigentes en materia de recibir, siendo de toda notoriedad que más de una vez se había sentado á sus mesas de tresillo algún jugador de oficio, y que personas sobradas escrupulosas habían renunciado á frecuentar sus salones por no encontrarse en ellos con alguna mujer cuyo nombre había traído y llevado más de una vez y más de lo justo la crónica escandalosa. Pero esto no quitaba á la franca alegría de la casa, cuya fórmula había dado un muchacho militar diciendo:

— Reina allí franqueza tan encantadora, que hasta podría uno quedarse en calzoncillos, sin que chocase á nadie.

Claro que en esto había grandísima y notoria exageración; pero no hemos querido pasarlo en silencio para que se comprenda que en las *soirées* del conde la confianza era extraordinaria, y que había tres salones que no se veían nunca desocupados: el central, donde rigodones y valsos se sucedían sin interrupción; el comedor, donde los concurrentes no aguardaban á hora determinada, sino que funcionaba sin descanso, y el gabinete del tresillo, donde los viejos se disputaban encarnizadamente las monedas, y los casados pasaban revista, á la vez que fumaban, á todas las cuestiones lanzadas por los sucesos privados al fértil campo de la murmuración. En esta última habitación se desarrolla la escena que van á conocer los lectores.

II

Son las doce de la noche: el baile está en todo su apogeo en el salón principal, y la animación de los semblantes en la gente joven demuestra que ha hecho ya alguna visita al *buffet*.

Sentados á una mesa de tresillo roncan tres veteranos de la primera guerra civil; junto á la puerta que da á las habitaciones interiores, dos pollos dan conversación á la doncella de la casa, que no pudiendo entrar al salón, no abandona jamás sus cercanías, y en el centro se encuentran y saludan dos personas conocidísimas en Madrid, en el mundo de la bolsa y los negocios.

— ¡Utrilla!

— ¡Manzano!

— ¿Llegas ahora?

— En este momento dejo en el salón á mi esposa; me he ganado dos horas mediante una hábil estratagemata.

— Que ha sido...

— Te lo diré, si no me haces traición... Que mi mujer no encontraba los guantes, el *carpet* y el pomo de esencias.

— ¿Y á eso llamas estratagemata?

— Seguramente, porque aquellos objetos habían sido escondidos por mí... en la mesa de noche. Yo creía seguro mi triunfo y obligado á renunciar al baile, ¡cuando la doncella los encontró! ¿Comprendes mi estado? Anoche de baile en casa del ministro, hoy aquí, mañana al baile de trajes de la embajada inglesa... y vestido de bandido de la Calabria.

— ¡Pobre Utrilla!... ¿Y no encontraste otro medio?..

— Todos los tengo agotados, amigo Manzano. El mes último, para evitar la asistencia á un baile empleé otro recurso más duro y que me salió mal. Fingí tomar al peluquero de mi mujer por un rival, y promoví una escena de celos; pero ella sufrió un accidente, se lanzó sobre mí durante el fenómeno nervioso, y entre matarla y seguir sus caprichos, opté por lo último. Hace quince días «se me cayó» una botella de tinta sobre una falda del vestido de mi costilla; pero no te recomiendo el sistema, porque á la larga sale muy caro.

— ¡Pobre Utrilla!... ¿Por qué no me imitas á mí? Estamos en diciembre, y esta es la primera vez que

en el año acompaño á mi costilla; las demás noches, ya se sabe, á las diez en la cama...

— ¿Luego hoy la sacrificas dos horas?

— Algo más, porque hasta dentro de media no podré entregarme al sueño, mientras ella baila á más y mejor. Con el condesito del Arroyuelo la he dejado ahora.

— Tú duermes... ¡Feliz mortal!

— Ya recordarás que de soltero fui contumaz trastrochador; pero apenas casado, empecé á sufrir tales jaquecas que no pude seguir frecuentando el gran mundo, y como mi mujer es joven y no he de hacer yo el papel ridículo de marido celoso, ella sale y entra y yo duermo y ronco. ¿Quiere Eugenia bailar? ¡Pues que baile! ¿Quiere ir á una reunión? ¡Que vaya! Si ella se divierte, yo soy feliz con mi quietud... ¡Mírame, amigo Utrilla; finge jaquecas, quédate en casa y acuéstate á las diez de la noche, que es lo más higiénico que conozco. Ahora no me detengo más: de día, y si tienes interés en ello, te explicaré detalladamente mi táctica.

Y Manzano estrechó la mano de su amigo y se ausentó del baile, mientras el último le miraba envidiosamente alejarse. Después dirigió una mirada á los tresillistas, que seguían durmiendo cual si se encontrasen en cómodo lecho de plumas; estuvo algunos momentos viendo desde la puerta del gabinete cómo bailaban en el salón, y después, sentándose en un diván, se entregó á sus reflexiones, meditando tal vez qué nueva táctica emplearía la noche próxima para no presentarse en los salones de la embajada vistiendo el traje de bandido calabrés.

— ¡Pues apenas harán retruécanos en la bolsa si llevo á ponérmelo!, exclamó como término y remate de sus reflexiones.

III

Apenas había formulado esta reflexión y antes de que pudiera hacer otras muchas, nacidas del mundo especial en que se encontraba, cuando un joven rubio, vestido con todas las exageraciones de la moda y prodigando una risa estúpida, que era peculiar en él, se dejó caer en el diván, exclamando:

— Ya me lo han contado... ¡Ja, ja!.. Y en castigo no sale usted de aquí con su señora hasta las seis de la mañana.

— Amigo conde, los castigos de usted son más para deseados que para temidos. Aquí se pasa el tiempo admirablemente.

— ¡Ja, ja! ¡Guasón!.. Usted que no juega, que no baila, que no duerme siquiera como ese cuartel general de tresillistas. ¿Por qué no me imita usted á mí, que cuando me pongo á bailar parece que me han dado cuerda? Sobre todo el vals... ¡Ah! El vals... La señora de Manzano no sabe valsar sin mí. ¡Y qué mujer!.. ¡Qué infatigable!.. ¡Qué ojos, que parecen despedir chispas!.. ¡Qué complaciente y qué amable!.. Soy su pareja obligada para todos los valsos, y como soy tan tunante he encargado al pianista que no toque más que valsos...

— Pero eso, interrumpió Utrilla, es una bailomanía!

— ¡Ja, ja!.. ¡Yo soy así!

— Pues debiera usted no serlo y tener más formalidad... ¡Un hombre casado!..

— ¡Pero me casaron siendo tan joven!.. Por fortuna mi esposa y yo nos entendemos perfectamente; ella goza sin mí, yo me paso sin ella, y esta casa es un verdadero paraíso. Vivo entregado al placer, y no hay mujer que no me parezca hechicera.

— En primer lugar, dijo Utrilla, la de usted. ¿No es cierto?

— Sí, contestó el conde; primero la mía y luego... las de los demás.

— ¿Todas?

— Es evidente.

— ¿Incluso... la mía?

— ¡Ya lo creo!.. Pues si tiene un atractivo y un genio tan alegre.

Utrilla no pudo menos de exclamar aparte:

— (¡Este hombre me asusta..., y á no saber que es tonto!..)

Después, en alta voz, prosiguió:

— Pues con tan decidida afición á las faldas, amigo conde, es de temer que ocurra...

El conde del Arroyuelo se inclinó más aún hacia su interlocutor, y dijo en voz muy baja:

— No, amigo Utrilla..., ¡si ha ocurrido ya!

— ¡Cómo!

— Creo que he hecho hoy una tontería, y usted puede aconsejarme.

— ¡Ah! ¿Usted piensa?.. De fijo que la ha hecho entonces.

— Hace cosa de un mes, siguió diciendo el dueño

de la casa, que llamada mi esposa á Zamora por la enfermedad de su abuela, me quedé en Madrid libre, independiente como el ave y privado del conyugal cariño, y entonces pude advertir toda la hermosura de esa mujer...

— ¿De la esposa de usted?

— No: de la esposa de Manzano.

— ¡Diablo!, exclamó Utrilla, pensando en alta voz. ¡Inconvenientes de dejar solos á los niños!

— Yo, naturalmente...

— ¡Naturalmente!

— La festejé, la adulé, y por último una noche me presenté en su casa.

— ¿Sin temer al marido?

— Como eran más de las diez y Manzano se acueta á esa hora, no había peligro. ¡Y poco que se rió con mi broma la encantadora criatura al hacerme salir por la escalera de servicio! Yo, por no comprometerla, me marché, y hoy... ahora entra lo tonto...

— No, amigo mío, lo tonto empezó mucho antes.

— Pues bien: hoy la he escrito una carta pidiéndola una entrevista reservada; he puesto de mi parte á la doncella, y cuando se retire á dormir esa hechicera mujer encontrará la epístola en su joyero.

— Pero, desdichado, ¡qué ha hecho usted!

— Una tontería, ¿verdad?

— No; pero insisto en que le han hecho casar á usted muy pronto... Debieron dejarle que la corriera antes...

En esto volvió á dejarse oír el piano preludiando un vals, y el conde del Arroyuelo, como si le hubieran pinchado, se levantó de golpe, exclamando:

— ¡El vals!.. Le dejo á usted y luego seguiremos hablando, ¡me espera mi pareja!

IV

Un cuarto de hora después el gabinete había cambiado de aspecto: los tresillistas se habían trasladado al *buffet*, y en cambio un numeroso grupo, de que formaba parte Utrilla, discutía los últimos acontecimientos políticos.

De repente éste sintió que le tocaban en el brazo; volvió la cabeza y se encontró con Manzano, agitado y nervioso, aunque procurando contenerse.

— Te necesito, le dijo en voz baja.

Utrilla se apartó del grupo y siguió á su amigo hasta el hueco de un balcón.

— ¿Tú por aquí?

— Sí; por un asunto gravísimo. Figúrate que al entrar hace un instante en mi casa y al dejar mi reloj en un joyero me encontré una carta dirigida á mi mujer por el conde del Arroyuelo.

— Tontería...

— No, Utrilla: la carta tiene referencias muy serias, y vengo resuelto á que le pidas en mi nombre una reparación.

— ¿A ese tonto?

— Parece tonto; pero, según su propia declaración, se ha metido en mi casa.

— Creo que exageras el peligro...

— En asuntos de honor, nadie es juez como uno mismo. ¿Te niegas á servirme en este asunto?

— No; espérame aquí, que voy en busca del conde. Nada de recriminaciones, nada de escándalo; pues tengo la evidencia, como antes te dije, de que el asunto no tiene gravedad.

V

¿Qué pasó durante los cinco minutos que estuvo ausente Utrilla?

Se sabe únicamente que Manzano se encontró con su esposa y que la obligó á que abandonase los salones, porque el carruaje la estaba aguardando; que la condesita del Arroyuelo tuvo una explicación con Manzano, por lo que ella calificaba de tiranía, y que después de cambiarse algunas frases secretas entre ambos, la condesa cayó desmayada y tuvieron que acudir en auxilio de la misma casi todos los concurrentes á la *soirée*. Cuando volvió en sí entraban en el gabinete el condesito y Utrilla.

— Pero ¿qué es esto? ¿Qué ha sucedido?, preguntaban todos.

— Yo debo decirlo, exclamó Utrilla, y celebro hacerlo ante tan distinguida concurrencia, por lo mismo que todo ha sido resultado de una apuesta, perdida por más señas por mí. Sabido es que nuestro buen amigo Manzano tiene la arraigada manía de acostarse á las diez de la noche, y el conde se había propuesto curarle de ella. Yo dije que no lo lograría; insistió él en que sí y yo en que no, apostándole por último un millar de tabacos á que no lograba arrancarle de sus tranquilas costumbres, y mi contendien-



LA PRIMAVERA, cuadro de Pablo Sinibaldi

© 2009 Ministerio de Cultura

Ministerio de Cultura



Isla de Capri.—Ermita de Tiberio

te se ha ingeniado de tal manera, que lo ha conseguido, como ustedes ven.

—Pero esa carta..., dijo Manzano á su amigo á media voz.

—¡Habla alto, hombre! Esa carta precisamente es la mejor prueba de la broma. ¿A qué escribir á tu esposa una carta de amor y enviársela á su casa, cuando se ha pasado aquí toda la noche bailando con ella?

—Me ha dado una lección el tonto, exclamaba Manzano más tranquilo, dirigiéndose á los que le rodeaban, mientras que algunos de ellos completaba el pensamiento, diciendo:

—¡Es tonto..., pero no tanto!

Y cuando Utrilla y Manzano bajaban poco después las escaleras de casa del conde, el segundo decía al primero:

—¡Utrilla..., en nombre de nuestra antigua amistad..., háblame con sinceridad completa!

—Te he dicho la verdad; pero... no te acuestes en lo sucesivo tan temprano.

M. OSSORIO Y BERNARD

LA ISLA DE CAPRI

Si algo hay en el golfo de Nápoles, cuya vista puede impresionar al viajero tan profundamente como el Vesubio, es la isla de Capri, rodeada de acantilados cortados á pico y coronada por montañas, desde cuyas cimas disfrútase de un panorama encantador. En esa isla de difícil acceso, pues sólo en dos parajes pueden fondear los barcos, hay únicamente dos ciudades, que más bien deben llamarse aldeas, Capri y Anacapri.

La primera, situada en el monte Castiglione, conserva todavía imponentes ruinas que atestiguan las primitivas construcciones de los griegos, restauradas por los romanos y más tarde por los aragoneses, y en ella se admiran aún el antiquísimo castillo de Capri y la hermosa catedral, en cuyo tesoro se guardan los bustos de plata de los santos protectores del lugar y una notable cruz con cristales y esmaltes que milagrosamente respetaron las llamas cuando en época remota

los piratas moros incendiaron y destruyeron el primitivo templo.

Anacrapi álzase en la cumbre del monte Solaro, que es el más alto de la isla, y para llegar á ella es preciso subir por una escalera practicada en la roca que no tiene menos de quinientos peldaños y que termina al pie del famoso castillo de Federico Barbaroja.

La isla de Capri trae á la mente del viajero el recuerdo de dos emperadores romanos, Augusto, que prendado de la bondad de su clima y de las bellezas de su suelo la adquirió de los napolitanos, cediéndoles en cambio la isla de Ischia, y la pobló de magníficos edificios, cuyos restos existen todavía, y Tiberio, que se refugió en ella, considerándola fortaleza inexpugnable y asilo seguro en donde podría entregarse libremente á sus pasiones más abominables y á satisfacer sus torpes apetitos.

La memoria del feroz emperador es poco menos que veneranda para los habitantes de Capri, y se comprende, pues en su tiempo, y gracias á sus esfuerzos, aquella isla fué un verdadero paraíso: Tiberio allanó los lugares inaccesibles, terraplenó los valles, agrandó y multiplicó los edificios construídos por Augusto é hizo construir doce ciudades dedicadas á los doce grandes dioses, de cuya magnificencia

fueron testimonio durante muchos siglos restos de salas, bóvedas, mosaicos, mármoles, columnas, estatuas, pinturas, bajos relieves, teatros, templos, acueductos y baños diseminados en todas partes, en los sitios más pintorescos, en las selvas, en los campos, en los viñedos y en los olivares.

Una de las curiosidades más bellas é interesantes de esa isla es indudablemente la llamada Gruta Azul: péntrase en ella desde el mar por un canalizo estrecho y bajo que obliga al visitante á embarcarse en una barquilla estrecha y á tener encogidos el cuerpo

y los brazos so pena de estrellarse contra las rocas que forman aquella cavidad. Pero esta y otras muchas molestias quedan sobradamente compensadas con el asombroso espectáculo que una vez dentro de la gruta se descubre: envuelto en una penumbra misteriosa, en una claridad indeterminada y en una atmósfera indefinida, el espectador se cree transportado al mundo de los sueños. Mirando en torno, la gruta aparece de un color celeste tan fúlgido, tan vivo que supera á cuanto pudiera imaginar la fantasía; el agua límpida deja ver las más leves partículas del fondo en donde brillan mil piedrecillas de variadas formas y colores; el aire es azul, azules las paredes, azules las olas cuyos rizos salpican la inmensa bóveda caliza que parece un colosal zafiro.

La Gruta Azul ofrece, en suma, un conjunto de maravillas que es imposible imaginar sin verlas.

Tal es á grandes rasgos descrita la pintoresca isla de Capri, de la que reproducimos algunas vistas en esta y en la siguiente página. — X.

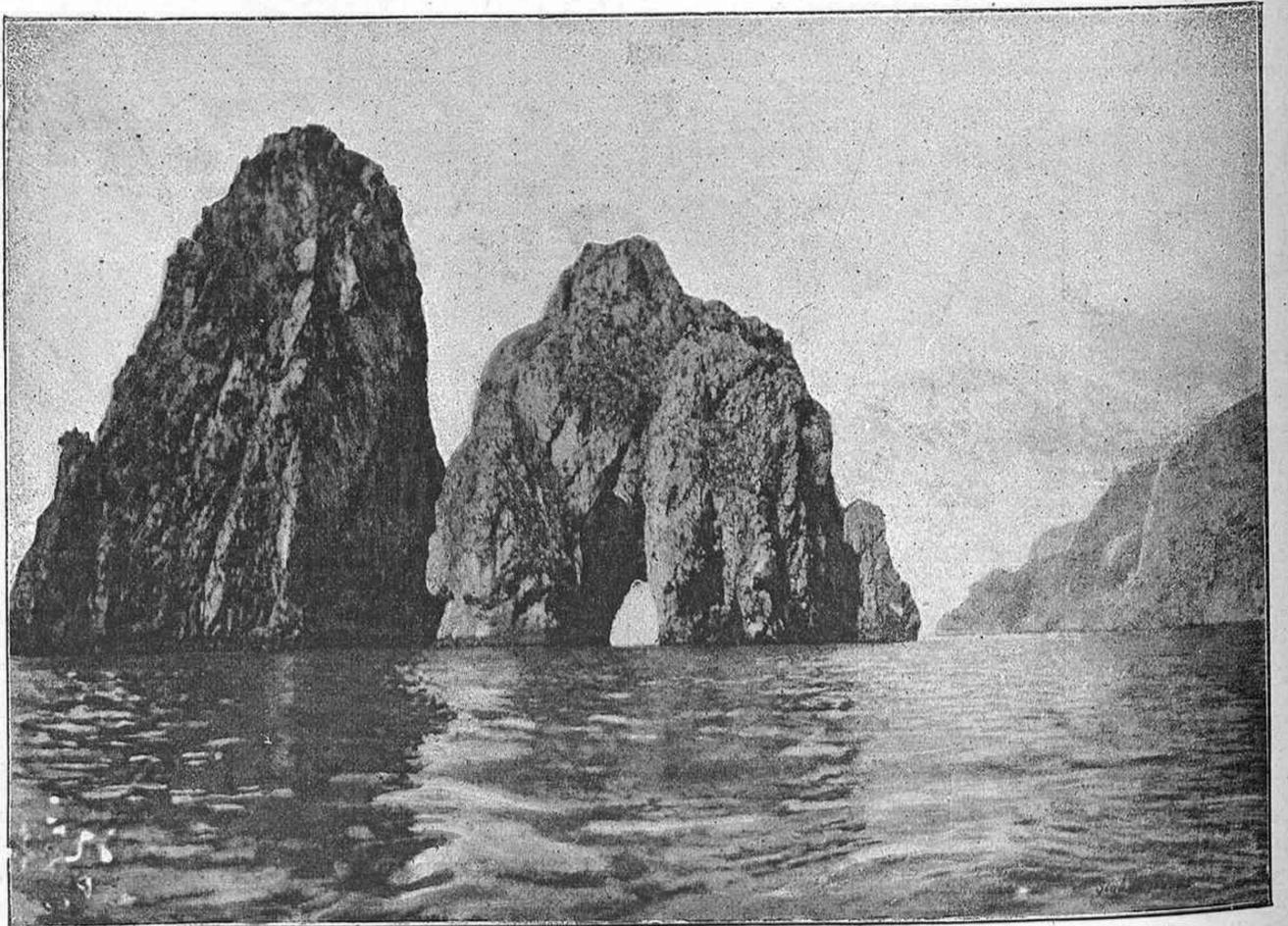
LA HIJA DE LAS HADAS

La encontraron una nebulosa mañana de otoño, colocada con especial cuidado sobre un lecho de hojas secas al pie de un roble y envuelta en unos pobres, pero limpiísimos harapos. Era rubia con ojos color de cielo y cutis suavísimo y blanco como el ampo de la nieve. Los esposos quedáronse mirando, sorprendidos al mismo tiempo que de lo inopinado del hallazgo, de la extraordinaria y extraña hermosura de la recién nacida, que levantaba hacia la señora Isabel y el tío Pedro sus manecitas sonrosadas y sus brazos gordezuelos y redondos.

Aquella criatura, abandonada en el sendero del pinar por una madre infeliz ó desnaturalizada, podía tener quince días á lo sumo. Estaba precisamente en el tiempo en que más necesarios son los cuidados y las caricias maternales.

Los dos esposos cambiaron entre sí una mirada de inteligencia, comprendiéndose en seguida. No se preguntaron en ella de quién podía ser aquella criatura; después de todo, era tan hija de Dios como otra cualquiera. Lo único que se preguntaron fué si podrían recogerla en su pobre choza de labradores. Es verdad que los bienes no eran muchos para ellos y tres hijos que tenían, el menor de dos años, total cinco bocas en junto; pero también era verdad que donde comen dos bien pueden comer tres, sin que por eso los apuros sean mucho mayores ni mucho más grandes las estrecheces.

No cruzaron entre sí una sola palabra. La señora Isabel cogió en brazos á la pequeñuela, y estrechándola en ellos con ternura, depositó en sus mejillas tal sarta de besos y de exageradas caricias, que púsole aquéllas rojas como la grana. El tío Pedro miraba á su mujer con sonrisa de ternura, y allá para



Isla de Capri.—Los «faraglioni»



Isla de Capri. - Bordadora de Anacapri

sus adentros la colmaba de bendiciones por lo bien que había adivinado su más escondido pensamiento. Preparósele la cunita, mullida y diminuta como correspondía á semejante personaje, y por delante de aquella cuna, noticioso del suceso, pasó el pueblo entero para contemplar á la criatura, ante la cual llovieron dicharachos, conjeturas y presunciones, sin que de unas y otras pudiera sacarse en claro el nombre de la madre.

Dióse en correr la voz de que una niña abandonada en el borde del camino del pinar y encontrada en una mañana de niebla y á quien ni por presunción se le conocían los padres, debía haber sido abandonada allí por las hadas moradoras del pinar, en una de esas rápidas fugas que es fama que emprenden cuando el primer centelleo del alba asoma en el lejano horizonte.

Hija de las hadas debía ser sin duda; no les cabía otro parentesco en el magín á aquellas pobres gentes de la montañosa aldehuela, é hija de las hadas la llamaron y siguiéronla llamando mientras vivió.

En vano el cura empeñóse en desvanecer tan burdas supersticiones; en vano tuvo que apelar á los recursos de la oratoria sagrada, subiendo al púlpito después de haberse enfrascado en la lectura de los Santos Padres de la Iglesia. Semejantes sutilezas no eran bien comprendidas por aquellas gentes iliteratas, que empeñáronse en que aquella chiquilla era hija de las hadas, y de ahí no había fuerza humana que las apeara.

En vano en la pila bautismal el bueno del abade le puso el nombre sublime y dulce de la Madre de Dios, el nombre de María. Si acaso, únicamente el tío Pedro y su mujer - y eso pocas veces - le daban semejante nombre. Para los demás ya sabemos cómo se llamaba la abandonada niña.

Creció ésta, aumentando en hermosura á medida que los años avanzaban; pero era una hermosura extraña, melancólica, dulce y triste. Parecía una lámpara cuya luz amenazase constantemente con extinguirse. Tenía su rostro una palidez mate y transparente que la hacía aparecer como una cosa sobrenatural y poco apegada á la tierra; su cuerpo tenía la esbeltez del mimbre; su mirada era soñadora y lánguida; sobre su frente parecía que habían caído todas las nieblas del Septentrión, y su voz tenía inflexiones amargas y

dulces á la par. Aunque su hallazgo no hubiera sido tal como lo relatamos, su aspecto exterior hubiera justificado á los ojos de sus convecinos el nombre de hija de las hadas. No parecía sino un espíritu próximo á tender el vuelo á las regiones etéreas, cuyas vagas dulzuras parecían condensarse en ella.

No se le conocieron nunca amoríos ni cortejos como á las demás mozas del lugar. A pesar de lo ensalzada que era su hermosura señorial, temíanla los mozos, pensando en las hadas del pinar y en el mundo de extrañas visiones y espíritus de que aquella criatura procedía. El tío Pedro y su mujer mirábanla con especial cariño y guardaban con ella tales preferencias, que sus hijos, aquellos otros tres hijos que eran ya mozarrones robustos y decididos, enamoradizos y alegres, juzgábanlas exageradas y comenzaban á mirarlal con recelo.

Nunca con María habían compartido sus juegos y sus alegrías de pequeñuelos; nunca habían bailado una muñeira con ella al pie de los castaños en las ruadas tradicionales. Parecían huirla, del mismo modo que todos los otros rapazotes del lugar.

La superstición, tan desarrollada entre aquellas gentes, hacía que María viviera aislada, triste y sola en medio de aquella vida, de aquella juventud y de aquella alegría que en derredor suyo se

desarrollaba. Tenía á veces el aspecto de reina destronada y parecía como que el mundo que la rodeaba producía hastío y desencanto; fijaba más sus miradas en el cielo que en la tierra; sus paseos eran solitarios y buscaba para ellos las horas del crepúsculo y los lugares más apartados. Con frecuencia sorprendíase con los ojos preñados de lágrimas. Tenía todo el aspecto de una alucinada, y si las gentes al pasar á su lado no hacían la señal de la cruz, por lo menos después de haber pasado mirábanla al soslayo y de reojo.

Pasáronse así los primeros años de su juventud. En la humilde capilla de la aldea presentábase con

devoción y recogimiento ejemplares; allí, entre aquellas desnudas y enjalbegadas paredes, pasábase largas horas entregada á la meditación y al rezo; comía poco y ni aún en la mesa perdía su natural gravedad y mutismo. Las más sencillas faenas propias de los lugareños la cansaban en seguida; su cuerpo parecía que se quebraba como frágil vaso, bajo el peso de un ligero haz de hierba; si conducía los rebaños veíase distraída por trochas y veredas, siendo frecuente que las mansas ovejas regresaran del otero solas y mucho antes que su dueña, que por allá se quedaba, atisbando el vuelo de las mariposas ó escuchando el *fungar* de los pinos al ser mecidos por el viento.

Porque todo en la hija de las hadas fuera desusado y extraño, fué también su muerte, acaecida de repente, y en una mañana de otoño también, y también nebulosa como aquella en que fuera encontrada y en el mismo sitio en que el tío Pedro y la señora Isabel realizaron el famoso hallazgo.

Saliera muy de mañana la melancólica María, y con su paso lento y con el que parecía más deslizarse que caminar, llegó hasta el famoso roble á cuyo pie la encontraron los viejos *petrucios*.

Nadie en la aldea le había revelado el misterio de su aparición y su nacimiento. Sabía sólo que la llamaban como la llamaban, pero sin explicarse el porqué de aquel calificativo. Creía como artículo de fe que sus verdaderos padres eran los que la habían recogido y criado con tan especial esmero.

Llegó al pie del roble, y maquinalmente, sin darse cuenta de ello, sus rodillas flaquearon y se hincaron en la tierra, húmeda aún con el rocío de la noche.

Apoyó sus brazos en el grueso y añoso tronco, y sus labios murmuraron una plegaria, mientras sus ojos buscaban el cielo á través del verde encaje que sobre su cabeza formaban las hojas de oscuros matices.

¿Cuánto tiempo permaneció allí en semejante actitud? Nadie pudo averiguarlo. Cuando un transeunte pasó por aquellos lugares y la sorprendió de rodillas y abrazada al árbol, creyó que la joven se había quedado dormida ó que yacía ensimismada en la más profunda de las meditaciones.

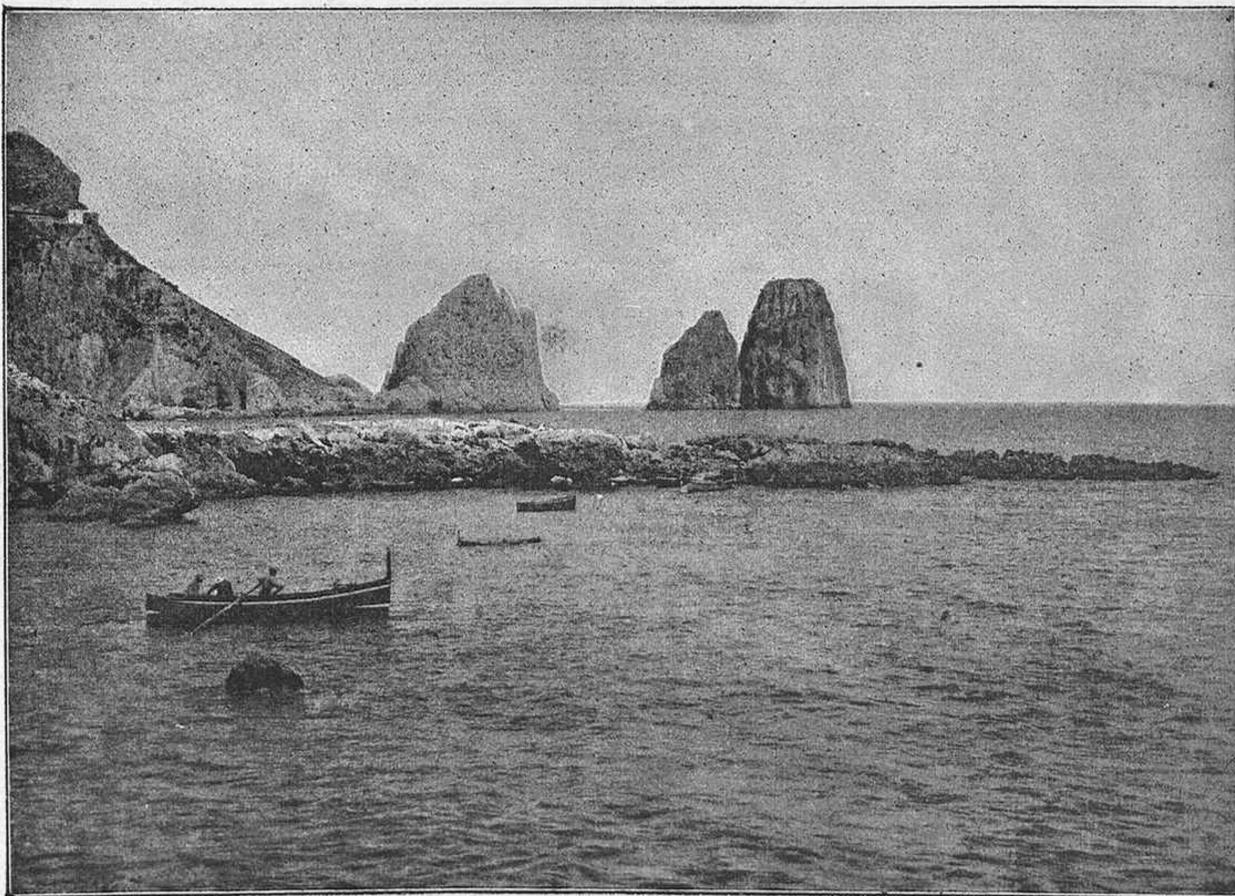
Pero su inmovilidad excitó su atención y acercóse á ella, y primero con voz baja, luego con voz ya más recia, la llamó por su nombre de pila. La hija de las hadas no respondía.

Acercóse más á ella y aun pretendió despertarla. El cuerpo helado y con la rigidez de la muerte vino á tierra desplomado, mostrando en los labios la más inefable de las sonrisas y en los ojos la más fija y serena de las miradas. Parecía dormida realmente.

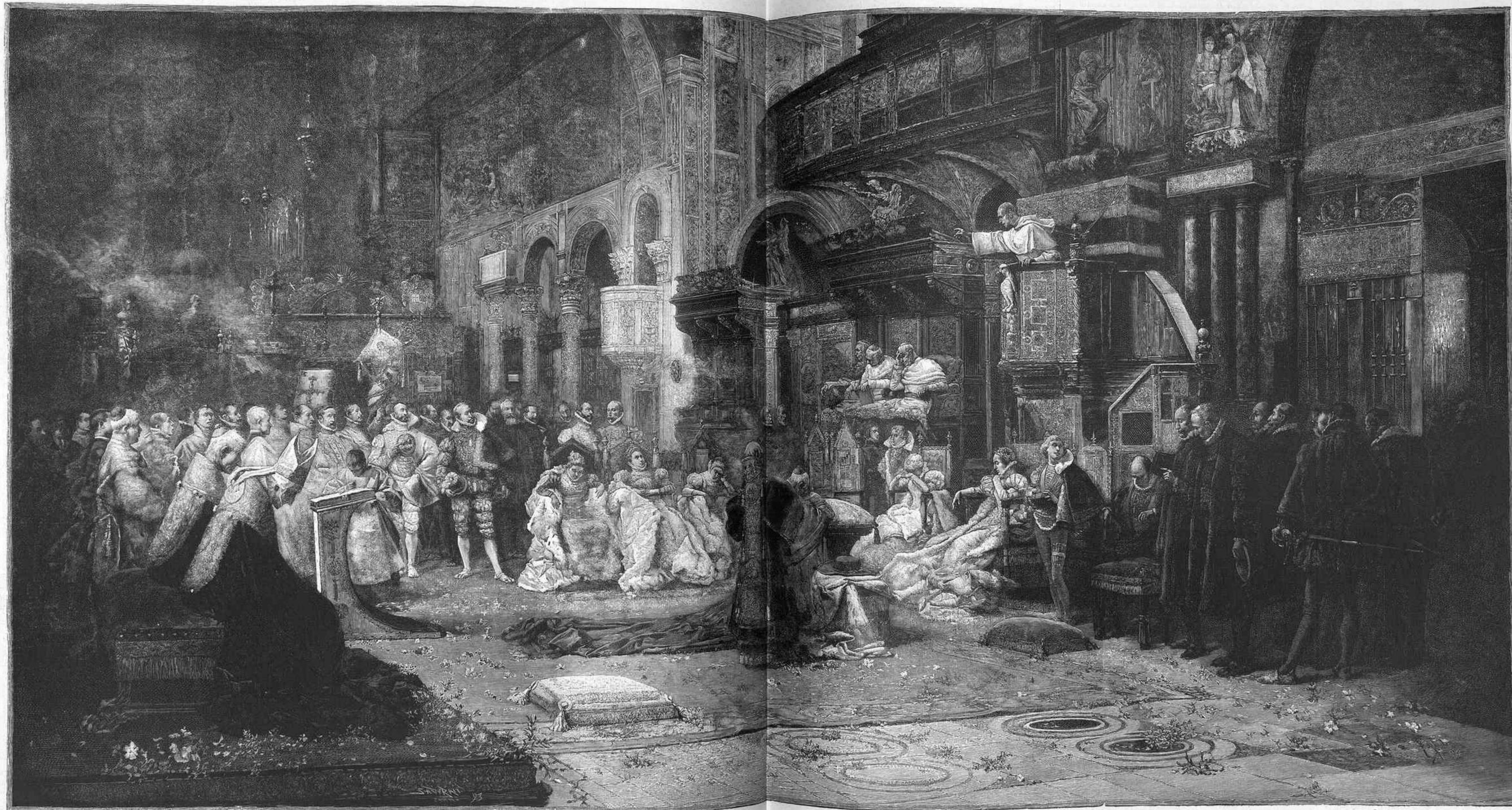
No tardó en conocerse en aquel pueblo diminuto la noticia de la muerte de María, al pie del árbol mismo en que fuera recogida.

Excusado es manifestar si aquellos campesinos creyeron desde entonces con más fe y con mayor firmeza que María era hija de las hadas.

MANUEL AMOR MEILÁN



Isla de Capri. - Los «faraglioni»



UN SERMÓN, COPIA DEL CELEBRADO CUADRO DE SALVADOR SÁNCHEZ BARBUDO, GRABADO POR SADURNÍ

NUESTROS GRABADOS

Fantasia, cuadro de Francisco Masriera (Salón Parés). — Entre los varios lienzos que en la última Exposición Parés exhibió el distinguido pintor Francisco Masriera, fué el



EL PRÍNCIPE ARTURO Y HUBERTO, cuadro de W. F. Yeames, R. A.

que reproducimos el que más llamó la atención. Tal interés considerámoslo justificado, pues aun dentro de la gama característica de este artista, aun siendo trasunto de su constante empeño, es su *Fantasia* la conjunción de los dos géneros por él cultivados, de las dos escuelas en que ha logrado singularizarse. Sean cuales fueren sus empeños, justo es consignar que siempre descuellan sus obras por su elegante colorido, y lo preferimos tal como es, más artista que asimilador, no convertido en máquina fotográfica, sino en pintor inteligente que deja en el lienzo muestras de su habilidad y pericia.

La primera nube, cuadro de W. Q. Orchardson. — Orchardson es reputado en Inglaterra como uno de los primeros pintores dramáticos, por decirlo así, no sólo por la índole de los asuntos que trata, sino también por el modo como les da forma. Su pincelada vigorosa, la firmeza de su dibujo y la fuerza que imprime en el claroscuro recuerdan la escuela de Rembrandt, en la que sin duda se inspiró para pintar su famoso cuadro *Napoleón á bordo del Belorofonte*. Uno de sus temas predilectos es el del matrimonio, que ha tratado desde varios puntos de vista, encerrando cada cuadro un problema, en el que se adivina siempre un pasado y aun un porvenir que completan la acción presente, pudiendo servir como ejemplo de ello *La primera nube*, que reproducimos.

La imposible, cuadro de Aristides Sartorio. — Inspirándose en una leyenda de Swinburne el notable artista italiano Aristides Sartorio, de quien nos hemos ocupado en otras ocasiones, ha pintado ese bellissimo cuadro, que así por su composición como por su ejecución ajústase al carácter fantástico de la fábula que nos presenta á la funesta mujer contemplando imposible el cadáver del hombre que ha muerto entre atroces tormentos por conquistar su amor.

La primavera, cuadro de Pablo Sinibaldi. — En esta delicada composición está simbolizada de una manera eminentemente poética la encantadora estación que llena de alegría y de esperanza á la naturaleza entera. La silueta de la figura es ligera como las flores que derrama sobre los árboles; su actitud majestuosa y su rostro sonriente parecen evocar la vida, y á su paso las plantas florecen y la tierra se estrema al contacto de los primeros besos que el sol de abril le envía fecundando los gérmenes que en su seno se ocultan. El cuadro de Sinibaldi causa una impresión tan grata como la que produce la aparición de la primavera que simboliza, y este es el mejor elogio que de la pintura puede hacerse.

Un sermón, cuadro de Salvador Sánchez Barbudo. — Forma parte Salvador Sánchez Barbudo, de esa pléyade de artistas, que lejos de la madre patria, residiendo en Roma, tan alto sostienen el buen nombre del arte español. Comprendiendo que arte es sinónimo de belleza, procura que en todas sus composiciones brillen las ricas galas que el ingenio de los artífices han producido para enriquecer los templos ó decorar los suntuosos salones. En esta clase de trabajos manifiéstanse las cualidades de este artista que tan maravillosamente sabe dar á los objetos su verdadero valor, que constituyen el fondo de sus cuadros. Quanto á los asuntos, á la colocación de las figuras ó personajes representados, es Barbudo tan hábil como discreto, ya que no huelga en sus lienzos el menor detalle, avalorados todos por la brillante y rica gama de su paleta genuinamente española. De ahí que en breve espacio de tiempo haya logrado distinguirse y que las obras del pintor jerezano sean adquiridas por los aficionados é inteligentes de Londres y por los opulentos yankees.

Como prueba de la valía de tan notable artista y como muestra de la consideración que nos merece, reproducimos una de sus más bellas composiciones.

El príncipe Arturo y Huberto, cuadro de W. F. Yeames. — Del drama de Shakespeare *El rey Juan*, basado en las luchas que á la muerte de Ricardo Corazón de León estallaron entre su hermano Juan y su sobrino Arturo, está tomado este cuadro, cuyo autor, celebrado pintor inglés y miembro de la Real Academia de Londres, se ha inspirado en la sentida escena en que el infortunado niño, prisionero en el castillo de Salairé, desarma con sus lágrimas al emisario á quien su inhumano tío había dado el encargo de sacarle los ojos: la actitud del príncipe y la indecisión y repugnancia que se notan en el semblante de Huberto están admirablemente tratadas y revelan la mano de un maestro.

Astarté Syriaca, cuadro de D. G. Rosetti. — Con razón se considera esta obra como una de las más justamente ensalzadas del notable pintor inglés Rosetti, autor de la célebre pintura *El sueño de Dante*, existente en la Galería de Bellas Artes de Liverpool. *Astarté Syriaca* figura desde 1891 en la Galería Municipal de Manchester, una de las más importantes de Inglaterra.

El irresistible, cuadro de Randolph Caldecott. — Innecesario era poner el título al pie de este cuadro; basta ver la actitud presuntuosa del apuesto militar y el aire de satisfacción con que antes de montar á caballo envía su último beso á su amada para comprender que se trata de uno de esos conquistadores á quienes ninguna mujer resiste y que en sus expediciones militares dejan detrás de sí cien corazones prendidos en las redes que su hermosa figura y su cháchara han tendido á las incautas jóvenes de los lugares por ellos visitados. El distingui-



ASTARTÉ SYRIACA, cuadro de D. G. Rosetti

do artista inglés Caldecott ha escogido hábilmente el asunto y ha sabido desarrollarlo con gran talento pintando un cuadro que constituye una de las joyas hoy existentes en la Galería de Manchester.

Vista de Mónaco. — Una situación como pocas pintoresca, un clima templado y un suelo cubierto de hermosa vegetación, tales son los caracteres distintivos de ese minúsculo principado, cuya vista reproducimos, y en el cual encuentran salud los enfermos, distracción los sanos, y unos y otros medio de arruinarse en el famoso casino de Monte Carlo.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. — BERLÍN. — En la Casa Consistorial se ha inaugurado la exposición berlina de los organizadores se proponen dar por medio de ella y de las que en los años sucesivos se celebren una idea de lo que son Berlín, su vida y costumbres y sus alrededores. Este primer certamen resulta bastante incompleto por la premura con que ha sido organizado, pero en él figuran algunas obras notables, entre ellas, los cuadros de Liebermann, Skarbina, Herrmann y Ury y los dibujos de Werner Zehme, que son prueba de la buena acogida que ha tenido tan excelente pensamiento y garantía de su total desarrollo en lo porvenir.

COLONIA. — Merced á varios donativos de algunos aficionados á las bellas artes, el museo de Colonia ha podido adquirir un cuadro de Rubens, *Juno y Argos*, perteneciente á un particular de aquella ciudad.

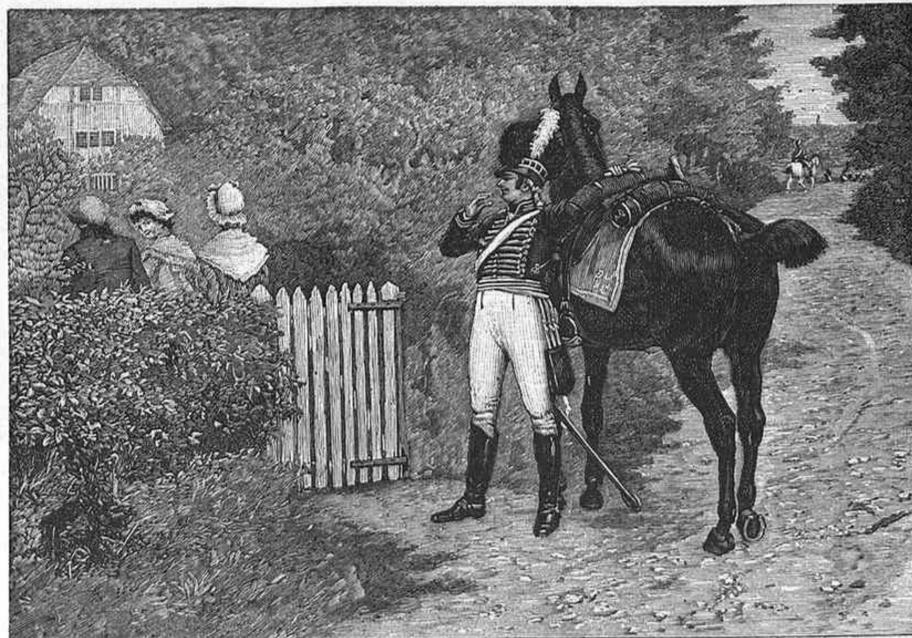
BARCELONA. — *Exposición de Bellas Artes.* — En el palacio del paseo de San Juan reinan la actividad y animación propias de los días próximos á la apertura de la segunda Exposición con que nuestro cabildo municipal coadyuva al renacimiento y desarrollo del arte en nuestra región. Elegido ya el Jurado de colocación y admisión, va á procederse á instalar las obras ya entregadas, á pesar de la prórroga solicitada por algunos artistas y concedida por el señor alcalde, presidente de la Comisión. Entre ellas figuran ya cuadros de Luna Novicio, Ruiz Luna, Viniestra, Garnelo, Santa María, Cecilio Pla, etc., etc., y esculturas de V. Vallmitjana, de Fuxá, Vallmitjana Abarca, Parera, Sartí, etc., etc.; todo lo cual, junto con el contingente extranjero, cuyos envíos hállanse ya á punto de ser instalados, hace creer fundadamente que esta exposición en nada desmerecerá de la primera en beneficio de los artistas y de la cultura del público.

Salón Parés. — Cuatro *pequeñeces*, si no llenan, ocupan el teatro de honor de este local: dos de ellas ejecutadas primorosamente por el delicado y minucioso pincel de Barbasán, artista que llevaba ya mucho tiempo sin exponer entre nosotros, y son: una escena de costumbres madrileñas, en el puente de Segovia, y una *ciociara*. Ambas obras reúnen todas las condiciones apetecibles para agradar al público, escéptico en materia de simbolismos y realismos, y que sólo exige de la pintura un deleite á la vista; pues lo producen, en efecto, por su tonalidad y lo hábil de la hechura.

Mestres tiene dos cabecitas en una tablita, que sin revelar iguales cualidades que las anteriores, producen igual ó parecido efecto, por su coloración agradable y firmeza de pincelada. Un grupo «fin de siglo» puede titularse una miniatura de R. Lorenzale, constituido por dos monísimas señoritas y un imbécil correctamente *pschutt* que las acompaña, pintura finamente ejecutada.

Teatros. — MADRID. — Se han estrenado con buen éxito: en Lara, *La cuerda floja*, juguete cómico en un acto, de José Estremera; en Eslava, *Los dineros del sacristán*, graciosa zarzuela en un acto, de los Sres. Gullón y Larra, para la cual ha escrito el maestro Fernández Caballero una partitura que se considera como una de las mejores de tan popular y aplaudido compositor; *Los Puritanos*, zarzuela en un acto, de Arniches, con bonita música de Celso Rubio, y *Viento en popa*, juguete cómico-lírico en un acto, de Fiacro Yrayoz, con música del maestro Jiménez, y en Romea, *Los africanistas*, graciosa zarzuela en un acto y tres cuadros, de Merino y López Marín, con bellísima música de Fernández Caballero y Hermoso. En el Príncipe Alfonso, la Sociedad de Conciertos ha dado dos sesiones musicales bajo la dirección del célebre maestro alemán Levi, uno de los que mejor interpretan la música wagneriana, en las que sólo se han ejecutado obras de Wagner y Beethoven. En el propio teatro funciona una compañía de ópera que canta con aplauso las más notables obras de repertorio. En la Princesa una compañía francesa, de la que forma parte Mme. Montbazon, pone en escena las operetas más aplaudidas de los mejores maestros. En la Comedia, el eminente Novelli obtiene grandes y continuas ovaciones, habiendo representado, entre otras, *El barbero benéfico*, de Goldoni, *La bisbetica domada*, *Alléluia*, *Mare e cielo* y *Otelo*.

BARCELONA. — En el Liceo funciona la notable compañía italiana Palombi que, además de representar las mejores operetas de repertorio, ha estrenado la bonita obra de Zeller *Il venditore di ucelli*; en el mismo teatro se ha puesto en escena con lujoso atrezzo y hermoso decorado el baile en dos actos *Coppelia*, cuya bellísima música es del ilustre compositor francés Leo Delibes. En el Tivoli siguen atrayendo numeroso público *El húsar*, *La telefonista* y *Miss Helyett*. Se han estrenado con aplauso: en Romea, *La serpiente de la gelosía*, drama en tres actos y en verso, de Pedro Reig y Fiol, en el teatro de la Granvía, *L'argolla*, drama en cuatro actos, de D. Ignacio Iglesias, y en el Eldorado, la bonita zarzuela de costumbres montañesas, de Eusebio Sierra, *La noche de San Juan*, con bellísima música de Marqués. En este último teatro se ha estrenado también con extraordinario y merecido éxito *La verbena de la Paloma*, divertido sainete de Ricardo de la Vega, con preciosa música del maestro Bretón. En el Lírico ha dado algunos conciertos nota-



EL IRRESISTIBLE, cuadro de Randolph Caldecott

bilísimos de música de cámara el quinteto de que forman parte Albéniz, Arbós y Rubio, considerados hoy día en el mundo del arte como verdaderas celebridades musicales.

Desde la partida de su madre y de Teresa, el pintor reconocía la exactitud de la copla.

Pocos días después de aquel suceso, recibió una carta lacónica, fechada en el Priorato, en la que su mujer le anunciaba que se había retirado á Rocatallada, donde quería vivir en lo sucesivo. Añadía que había creído necesario informar de su resolución á la señora Moret y que ésta la había aprobado. En efecto, por el mismo correo había recibido el pintor carta de su madre. La pobre mujer estaba consternada. En medio de su desolación no se sentía con fuerzas para reprender á su hijo por su conducta. Deploraba solamente que Dios la hubiera dejado en el mundo para ver á sus hijos desunidos, y manifestaba el deseo de morirse, puesto que no podía ya tener tranquilidad en esta vida. No quería tampoco vivir en París, que tenía tristes recuerdos para ella, y se preparaba á volver á Rocatallada.

Santiago estaba entonces embriagado por las primeras felicidades de su intimidad con Mania, y las cartas no le impresionaron mucho. Todo lo había previsto y todo era la fatal consecuencia de su libertad reconquistada. Respondió á su madre de una manera respetuosa y evasiva, deplorando el disgusto que la había dado, pero sin decir una palabra de sus proyectos en el porvenir ni de la época de su regreso á París. Le envió un poder para que Teresa hiciera efectivas las rentas que á él le correspondían, y la suplicó que procurase que los intereses de su mujer no sufrieran detrimento con motivo de la ruptura de la vida común. Esta era para él cuestión de dignidad, y ponía el mayor empeño en no intervenir absolutamente en la administración de los bienes dotales.

Cuando vino á Niza trajo consigo Santiago todos sus fondos disponibles. Había vendido cierto número de cuadritos y cobrado un adelanto considerable á cuenta de un techo que había de pintar y cuyo boceto tenía terminado. Con estos recursos esperaba llegar holgadamente hasta el momento de su regreso á París. Pero los incidentes de la separación desnivelaron forzosamente el equilibrio de su presupuesto. Hasta entonces había llevado una vida regular, que siendo holgada era proporcionada á su modesta fortuna de artista. No fué lo mismo cuando asoció íntimamente su existencia á la de la baronesa Liebling. Mania formaba parte de una sociedad en que la gente se divertía mucho y no reparaba en gastos. Vivía como una gran señora acostumbrada á no carecer de nada. Satisfacer un capricho, por costoso que fuera, le parecía una cosa tanto más natural cuanto que todas sus amigas tenían igual costumbre que ella. Sin preocuparse jamás de cuestiones de dinero, no suponía que en el círculo de sus íntimos hubiera nadie que tuviera que calcular y moderar sus gastos. La palabra economía no tenía sentido para ella. Todos los días organizaba jiras de campo ó banquetes á que era convidado Santiago. Este no solamente no declinaba ninguna de estas invitaciones, sino que las admitía gozoso como el medio más cómodo de ver á su amada frecuentemente. Todos estos placeres cotidianamente renovados le salían tanto más caros cuanto que le gustaba mostrar cierta ostentación en ser espléndido y generoso. Teniendo poca experiencia de este género de vida, y temiendo siempre ser considerado como un intruso entre las gentes del gran mundo, se esforzaba en parecer más liberal y dadivoso que todos, y frecuentemente exageraba esta liberalidad. Además Mania era á cada momento ocasión para él de gastos imprevistos. Una vez tenía que comprar las orquídeas que ella había visto en el escaparate de la florista y que le habían gustado mucho y él se apresuraba á ofrecérselas; otra un *biblot* raro, visto en un almacén de antigüedades y que le pareció á Mania una maravilla; otra una *tómbola* en que la baronesa tomaba parte, y Santiago se arruinaba para comprar papeletas. Además tenía empeño en no presentarse menos correctamente vestido que los personajes que frecuentaban la casa de Mania, y vestía tan elegante como el que más. Los coches, los guantes, el sastre y el camisero acababan de vaciarle el bolsillo.

A fin de abril se había quedado sin dinero y se veía precisado á pedir doscientos duros á Lechantre mientras procuraba tener algún dinero. Había escrito á sus compradores de cuadros pidiéndoles algún adelanto á cuenta de obras que les prometía hacer para ellos. Pero éstos, adivinando que el hombre estaba escaso de dinero, habían empezado á regatear, esperando sacar mejor partido del artista tronado. Con gran dificultad obtuvo de ellos algunos billetes de mil francos á cambio de convenios muy duros, por los que se comprometía á entregar á plazo fijo cierto número de cuadros.

Erale preciso cumplir sus compromisos, y Santiago, azorado é inquieto, determinaba ponerse á trabajar. Desgraciadamente, no tenía la tranquilidad de espíritu ni la facilidad de ejecución que permitía á Lechantre hacer en corto espacio lindas acuarelas que al momento vendía con ventaja. Santiago trabajaba penosamente; sólo por una dolorosa serie de laboriosos esfuerzos podía dar forma definitiva á sus ideas. Además, su talento era de otro género que el del maestro, y se prestaba menos á la improvisación. Lechantre encontraba en todas partes puntos de vista que copiar. Se asimilaba rápidamente el carácter del sitio que estudiaba y lo copiaba con una gracia y una ligereza maravillosas. Santiago, por el contrario, encontraba desde el principio dificultades insuperables. Los cuadros que había proyectado debían representar escenas de la vida campesina y tener por objetivo los aldeanos de aquel territorio de Rocatallada que le era tan familiar. Por grandes que fuesen la vivacidad de sus recuerdos y la exactitud de sus croquis, era demasiado concienzudo para ejecutar de memoria alguna de aquellas composiciones detenidamente meditadas y que deseaba que fueran la obra capital de su vida artística. Comprendía que para realizar semejante empresa necesitaba vivir en el medio ambiente de su país natal. Además estaba demasiado apremiado por el tiempo para emprender una de aquellas difíciles composiciones, y se veía obligado á aplazarlas para más adelante.

Tenía, pues, que limitarse á paisajes del Mediodía, en que vivía desde seis meses antes; pero tropezaba con obstáculos de otro orden. Precisamente porque la naturaleza de este país le había maravillado, hallábase aún bajo la impresión de asombro y admiración, y era muy pronto para poder coordinar sus sensaciones y objetivarlas fielmente en el lienzo. Aquellos grandes puntos de vista de mar y montañas, la luz incomparable, el intenso colorido, le desorientaban. No los había estudiado bastante fríamente para poder trasladarlos con fidelidad al lienzo. El paisaje y las personas no le eran familiares, y cuando se veía ante sus modelos experimentaba una extraña timidez y crueles vacilaciones; lo que pintaba no tenía la precisión y la originalidad de sus anteriores obras. No se hacía ilusiones acerca de la menos que mediana calidad de su trabajo, y esta evidente impotencia le desesperaba. Para triunfar de este estado de inferioridad, para acostumbrar poco á poco su pincel á interpretar aquella naturaleza rebelde, necesitaba una labor constante, una soledad completa, una absoluta tranquilidad, y todas estas condiciones le faltaban. Cuando no estaba con la baronesa no podía lanzar

de sí la obsesión de su amor. La imagen de Mania perturbaba sus meditaciones y se interponía entre el artista y el lienzo. Pensaba qué haría en su ausencia, dónde estaría, quiénes eran los que querían enamorarla, qué le dirían y qué les contestaría ella... Y un solo deseo, una sola preocupación le dominaba; dejar el enojoso trabajo y correr á casa de su amada. Cuando, después de una *soirée* en el teatro ó en casa de Mania ó en la de la princesa, volvía á su hotel, fatigado de las conversaciones de los maldicientes, celoso de los que mariposeaban en derredor de la baronesa, irritado de las coqueterías que ésta se permitía sin escrúpulo, enervado por unas horas de esperar en vano hablar solo con ella, ó porque había habido aplazamiento de cita en que ya había consentido, volvía con profundo desaliento al trabajo comenzado, y difícilmente podía reunir las ideas que ya habían huído de su imaginación.

¿Habéis observado en el campo esos nidos de arañas suspendidos en la maleza?... Allí, en una especie de hamaca viven centenares de minúsculas arañas. Si movéis con una rama aquel mundo de insectos, inmediatamente se dispersa toda aquella multitud, como un hormiguero se disgrega y no encuentra ya su primitiva cohesión. Pues lo mismo sucede con las ideas necesarias para la ejecución de una obra de arte; en trastornándose la lenta aglomeración, huyen, y á pesar de penosos esfuerzos, difícilmente se las puede tornar á su orden é integridad. Después de estas interrupciones, Santiago volvía á su lienzo con una dolorosa tensión de espíritu, y frecuentemente el trabajo que imponía á su cerebro fatigado no tenía otro resultado que determinar un malestar físico, una reproducción de aquellos mismos síntomas que hicieron á su médico aconsejarle que se trasladara al Mediodía. Las palpitaciones eran muy frecuentes, la acción del corazón precipitada é irregular; parecía que el órgano, súbitamente aumentado de volumen, invadía toda la cavidad del pecho; la sucesión demasiado rápida de las pulsaciones le impedía la respiración; palidecía, se angustiaba y sentía un desesperante desaliento. Y entonces arrojaba con rabia los pinceles y salía ansioso de respirar el aire libre.

Cuando, después de estas crisis, corría á casa de Mania, llevaba, á pesar suyo, impresa en el rostro la huella de sus sufrimientos y de su profundo desaliento. En medio de las distracciones y de las conversaciones de las personas que rodeaban á la baronesa, estaba postrado por una fatiga general y se encerraba en un taciturno mutismo. Mientras en derredor suyo se oían los chistes, risas é ingenuidades de aquella sociedad de ociosos, él estaba abatido é indiferente. Y todo el mundo lo notaba, por lo que ya le llamaban el *aguafiestas*.

— Querida, decía la baronesa Pepper á su amiga, tu amigo podría ventajosamente reemplazar á una bomba de incendios: en cuanto entra, apaga el fuego.

Mania á su vez comenzaba á impacientarse viéndole siempre triste, hasta cuando estaban los dos solos. En estas ocasiones la baronesa solía preguntarle acerca de sus trabajos de pintura; contestaba lacónicamente y como contrariado de que le recordara su arte, y volvía luego á su sombrío silencio. Mania se ponía al piano para disimular su disgusto, la música reemplazaba á la conversación; y arrullado por el ritmo, Santiago caía en una somnolencia alarmante.

«Decididamente, pensaba, ya no sé pintar. ¿De dónde procede esta imposibilidad en que me veo de reproducir en el lienzo la fisonomía de este país?... ¿Es que mi cerebro se seca?... ¿Es el sufrimiento físico que nubla mi vista y entorpece mi mano?... ¿O soy uno de esos talentos precoces que producen de una vez todo lo que tienen en la cabeza, y luego nada en toda su vida?» Pensaba también que su desagradable humor debía parecer extraño á su amada, pero se libraba bien de explicarle la causa. Su amor propio y una especie de supersticiosa desconfianza le impedían confesar su mal estado de salud y sus desgraciadas tentativas de trabajar. Temía desmerecer en la opinión y en el corazón de la mujer que sólo le había amado por su talento y su notoriedad. Así, hacía esfuerzos imposibles por ocultar á Mania sus crueles sufrimientos.

Y mientras él estaba absorto en estas meditaciones, Mania, por encima del piano, le espía curiosamente y le estudiaba con disimulo. Ignorando el motivo real de su tristeza, la atribuía á recuerdos que consideraba ofensivos para ella. Imaginaba que su amante pensaba en Teresa y que el fantasma de la esposa abandonada le perseguía. Una vez en su alma exclusiva esta sospecha, despertábanse en ella los rencores provocados por la sorpresa de la mujer del artista en San Juan. Indignábase su altivez de esta ternura retrospectiva cuyos indicios creía sorprender en la actitud de su amante. «Esa mujer, pensaba Mania con violento despecho, ha conservado influencia sobre él. Cuando está solo conmigo piensa en ella. No soy yo á quien ve; la que ve es aquella cara de madona de aldeana... Acaso piensa ir á reunirse con ella. Satisfecho su capricho, tiene ahora el de amar otra vez á la mujer que abandonó por mí... ¡Y yo me he olvidado de quien soy hasta el extremo de ser la querida de un pintor de rusticidades, y ahora en castigo sufro la humillación de correr el peligro de verme sacrificada á la mujer que tan descaradamente me ofendió... No, no sucederá esto... y yo tomaré la revancha.

Movida por un sentimiento de rencorosos celos maniobraba con la dulzura felina y zalamera en que es maestra la raza esclava, ansiosa de recobrar un imperio absoluto sobre Santiago, y desterrar la sombra de la mujer propia que pensaba se interponía entre ella y el pintor. Y conseguía en verdad lo que se proponía, porque realmente el artista la amaba siempre. Pero cuando suponía haber reconquistado aquel corazón que no había dejado de ser suyo, se vengaba inventando los más acerados sarcasmos contra la esposa legítima, á quien consideraba todavía odiosa rival; las alusiones impertinentes, las recriminaciones injustas herían á Santiago, que veía en la intemperancia de su querida una falta de generosidad y una demostración de mal corazón. Algunas veces la cuestión tomaba carácter tan violento que se irritaba contra la baronesa y le imponía enérgicamente silencio.

Este encono contra Teresa produjo el resultado de llevar el pensamiento de Santiago al humilde mundo de Rocatallada, con el que tan cruelmente había roto toda relación. Hasta entonces había procurado olvidar; pero ya su espíritu afligido hacía melancólicas peregrinaciones á aquellos lugares que tanto amó. Recordaba con tristeza aquellas calles del pueblo que había recorrido tantas veces, pensando en un cuadro empezado ó en el asunto de otro que empezaría después; aquellos senderos á la orilla del Anjou donde había encontrado sus mejores inspiraciones. Pensaba que allá abajo, en aquel país pacíficamente obscuro, no se hubiera visto detenido en su trabajo por las dificultades y las dudas que le atormentaban en Niza. Al extremo de cada uno de aquellos senderos, al cruzar cada una de aquellas calles del país natal, visitado mentalmente, levantábase la imagen de la honrada mujer que había traicionado indignamente, aquella misma á quien tantas veces había llamado «su musa y su gloria,» y le acomete-

tía una profunda ira, que operaba en él un fenómeno singular. Su orgullo se negaba á reconocer la acción saludable de Teresa sobre su talento. Se rebelaba contra esta verdad: ¿no estaba aún en plena posesión de todos sus medios artísticos? La naturaleza del Mediodía ¿no era tan sugestiva como la de Rocatallada? El amor de Mania y su carácter original ¿no podían contribuir á renovar y rejuvenecer su manera?... ¿Por qué la gran señora no había de ejercer una provechosa influencia sobre sus futuras producciones? ¿Por qué?... ¡Ah! Sencillamente porque no había entre ella y él esa incesante comunidad de ideas, esa solicitud de todos los minutos, esa tierna abnegación de la mujer propia que alientan y estimulan los esfuerzos de un artista. La vida de la baronesa estaba consagrada á las visitas, los placeres, las preocupaciones de *toilette*, y no podía interesarse seria y pacientemente en el trabajo lento, en las frecuentes enmiendas, en las continuas alternativas inherentes á la ejecución de una obra pictórica: gustábase y admiraba la pintura, pero como aficionada, cuando el cuadro estaba acabado y expuesto en el marco á la admiración del público elegante. Todo lo que precedía le inspiraba poquísimos intereses. «No me gusta, decía, ver cómo se guisa en la cocina, ni cómo se pinta en el taller.» No podía, pues, ser una auxiliar y consejera útil. Santiago lo conocía, y esto le contrariaba y contribuía á hacer más constante su humor atrabiliario.

Al fin y al cabo este mal humor creciente acabó por fatigar á la baronesa. Para soportarlo con resignación hubiera sido preciso que tuviera una mansedumbre que no poseía. Primero se alarmó, luego se fatigó y por último se hastió, y tomó el partido de dejar en su rincón al pintor con su detestable humor y procurar estar acompañada de personas más amables.

No le faltaron estas personas, y entre ellas el más asiduo y el mejor recibido fué el príncipe Gregoriew. Era elegante, hombre de mundo, muy ilustrado, ingenioso y comunicativo; tenía, pues, todas las cualidades para agradar á la baronesa. Pronto advinó que le era simpático y procuró serlo más. Mania hallaba mucho atractivo en la conversación del príncipe, y no trató de disimular esta buena impresión. Las tempestuosas peripecias de su amor con Santiago y el progresivo desencanto que experimentaba le producían un aburrimiento de que solamente la curaba la cortés galantería franca y distinguida del príncipe.

No pensaba en modo alguno dar un sucesor á Santiago, porque habiendo sido poco afortunada en su devaneo, no tenía intenciones de hacer una nueva experiencia. Pero, siguiendo fiel al artista, agradábase la amistad franca y sincera con un hombre joven, bien nacido, espiritual y que la trataba con la más simpática amabilidad. Pertenecían al mismo mundo, hablaban el mismo idioma, y con Sergio Gregoriew no tenía que temer el mal humor, los arrebatos, las amenazas que la humillaban.

Pronto el príncipe llegó á ser el caballero preferido de la baronesa Liebling. Todas las tardes, entre cinco y seis, Santiago le veía entrar en el salón de la calle de la Paz y presenciaba la afectuosa acogida que le dispensaba la dueña de la casa. Siempre había visto con enojo á los jóvenes ociosos que frecuentaban la casa de Mania, pero no los había considerado peligrosos; le parecían demasiado insignificantes. Pero no era lo mismo el príncipe Gregoriew. Santiago era bastante perspicaz para reconocer en él un hombre de evidente mérito, de noble carácter y de poderosa inteligencia. La asiduidad del príncipe y la preferencia con que Mania le distinguía resucitaron rápidamente las sospechas que el artista había concebido en casa de la princesa Koloubine el día de la fiesta de la Pascua rusa. Y todo le pareció sospechoso, y perdió el poco reposo que le quedaba.

Conoció las desconfianzas, las mortificaciones y los rencores de los celos. Espiaba ansiosamente los gestos y las palabras de la baronesa y de Gregoriew. Las frases de cumplido y las más inocentes familiaridades le inspiraban enfadosas conjeturas. Cuando volvía á casa daba continuo tormento á su cerebro recordando las acciones que le habían impresionado desagradablemente á fin de descubrir síntomas de traición. Y en estas cavilosas pasaba las noches sin dormir. Los incidentes más insignificantes tomaban á sus ojos una grande importancia y sobreexcitaban su imaginación enferma. Las horas de ausencia le parecían odiosamente largas, y súbitamente corría á la calle de la Paz, con la razón alterada, el corazón ulcerado, y resuelto á provocar una explicación. Pero en cuanto entraba en el salón, los fantasmas que se había creado no tenían ya la misma consistencia. La serenidad de Mania y la exquisita cortesía del príncipe quitaban todo pretexto á su enojo. Ni en ella ni en él sorprendían el aspecto de personas que tienen algo que ocultar, y Santiago, si no quería parecer un ente ridículo, se veía obligado á guardarse sus sospechas y sus impulsos de provocación.

Una tarde de mayo, al subir la escalera del vestíbulo del hotel de Mania, después que el portero había tocado el timbre, vió abrirse la puerta y salir un lacayo que le dijo:

— La señora baronesa ha salido.

Santiago creyó adivinar que el criado obedecía una consigna.

— ¿Y adónde ha ido la señora?, le preguntó con una insistencia de gusto dudoso.

— No lo sé, señor. Hoy es jueves. Puede que la señora haya ido á casa de la princesa Koloubine.

El criado se entró en el vestíbulo cuya puerta de cristales se cerró, y Santiago bajó lentamente la escalinata. El aire reservado del lacayo le pareció sospechoso, y no podía comprender cómo la baronesa no le había avisado que no estaría en casa. Atravesando el patio vió que el cochero estaba ocupado en limpiar el carruaje de la baronesa. No había ido en coche á la villa Endymión. Esta circunstancia le pareció aún más sospechosa, y sin detenerse corrió á casa de la princesa, donde no estaba la baronesa ni tampoco el príncipe Gregoriew. Santiago estuvo allí una hora mortal esperando; pero no viendo llegar á su amada, se despidió y volvió á la calle de la Paz. Allí despidió el coche, y empezó á pasear delante del hotel. Después de media hora de espera, le dió vergüenza estar allí de plantón como un colegial, y resolvió volverse á su casa. En el momento en que volvía la esquina de una calle lateral, volvió á mirar y distinguió, pero de lejos, una silueta masculina que se alejaba en dirección opuesta. Y lleno de ira, volvió furioso á la calle Carabacel. La misma noche recibió una carta de Mania. Se excusaba de no haber estado en casa y le indicaba para el día siguiente una hora en que estaría sola. Lejos de calmarle, esta atención le pareció una astucia imaginada para destruir sus sospechas y engañarle. El día siguiente fué puntual á la hora señalada, y se presentó con una cara tan hosca que le pareció á Mania de muy mal agüero.

Mania estaba sola, en efecto, y recibió al pintor con la sonriente serenidad de una persona que no tiene nada de que acusarse.

— Sentí mucho no estar ayer en casa cuando viniste, y sobre todo no haberte avisado que iba á salir.

— ¿Y habías salido, en efecto?, preguntó Santiago con tono sarcástico.

— Desde el momento en que lo digo, replicó la baronesa con altivez desdeñosa, no tienes derecho á dudarlo.

— No tiene nada de particular que lo dudara; porque al llegar, el portero tocó el timbre, como hace siempre cuando está la señora en casa y viene visita, y el coche estaba en la cochera... De modo que saldrías á pie.

— ¿Qué te importa?, contestó la baronesa, procurando contenerse; he salido porque me dió la gana.

— Y no fuiste á casa de la princesa, como me dijo el criado, porque allí esperé en vano una hora, y cansado de esperar volví aquí, y vi salir del hotel un hombre...

— ¡Mi norabuena! ¡Has tomado bonito oficio!... ¡Espía!... ¡Muy bonito!

— Llámame lo que quieras... Estaba en mi derecho porque te amo locamente, y tengo motivos para estar celoso.

— ¡Celoso! ¿Y de quién, si se puede saber?..

— De ese príncipe Gregoriew que tanto te entretiene y que no sale de aquí. Mania se mordió los labios y no replicó. Y Santiago, interpretando su silencio como una confesión, continuó airado:

— ¿No respondes? ¿Por qué no te atreves á negarlo?

— No tengo costumbre de responder á tonterías. El príncipe Gregoriew es recibido en mi casa como un amigo. Nada en mi conducta, nada en su actitud, te autoriza á hacerme preguntas injuriosas. El príncipe se conduce siempre con la corrección de un hombre distinguido y bien educado, y alguna persona que yo conozco haría muy bien en imitarle... En cuanto á tus pretendidas ofensas, son ridículas... Y ciertamente que siendo tan exigente con los demás, debías ser menos indulgente contigo. Si yo tuviera ganas de reñir, que no las tengo, podría hacerte cargos algo más serios que los que me haces. ¿Crees que no advierto tus distracciones, tus tristezas y tus arranques de mal humor?.. Hace tiempo que cuando vienes á mi casa tu cuerpo está aquí, pero tu pensamiento va muy lejos, y yo sé perfectamente adónde va.

Por una maniobra muy femenina y hábil, de acusada se convertía en acusadora y tomaba enérgicamente la ofensiva.

— Sí, continuó sarcásticamente, recuerdas el tiempo pasado, padeces la nostalgia de tu provincia y de las personas de tu provincia. Lo comprendo, y no es una falta que deba censurarse... Al contrario, prueba que tienes buen corazón... Pero debías confesarlo francamente, ¿sabes?; porque yo no quiero detener á nadie contra su voluntad, y si te pesa no estar ya en tu país, por mi parte eres libre para volverte cuando quieras.

Ante esta despedida tan clara y despreciativamente formulada cayó toda la cólera de Santiago. El miedo de perder á Mania para siempre, le hacía cobarde. Se humilló, se arrojó á los pies de la baronesa, solicitó su perdón y lo obtuvo. Pero esta capitulación le ponía en lo sucesivo á merced de la que amaba tan ciegamente, y la situación se agravó más y más. Todo su prestigio había acabado; no tenía para imponer á Mania esa autoridad enérgica que complace á las mujeres en el hombre amado. Como ella misma le había dicho, Mania era refractaria á toda debilidad y no estimaba más que á las personas de carácter firme y entero como el suyo. A partir de aquel día, ya no tuvo con el amante atención alguna; y lejos de modificar su manera de vivir, recobró toda su independencia. Santiago sufría cruelmente sin tener el valor de formular nuevas quejas; pero estos mudos sufrimientos, unidos á sus apuros de dinero, alteraron profundamente su salud y le desequilibraron por completo. Devorado de celos, humillado, pobre y forzosamente ocioso, el estado de Santiago era tal, que alarmó gravemente á su maestro y protector, á su mejor amigo Francisco Lechantre. Este seguía dividiendo el tiempo entre fáciles placeres y trabajos fructuosos, pero ya comenzaba á cansarse de Niza. Sólo su amistad á Santiago le detenía. No se atrevía á abandonarle en el estado de depresión física y moral en que le veía, y de cuando en cuando le hablaba de partir; pero Santiago cambiaba de conversación ó se negaba redondamente á salir de Niza. Así se llegó á mediados de mayo. Una mañana entró Lechantre en casa de Santiago.

— Hijo, le dijo con decisión, ¿quieres algo para París? Mañana me voy.

— ¿Cómo? ¿Me abandona usted?, preguntó Santiago tristemente.

— Nunca he tenido intenciones de eternizarme en Niza. Como ayer le dije á mi ramilletera y ex monaguillo, todo acaba en este mundo. Mis asuntos me llaman á París, que los tengo hartos descuidados; por acompañarte he renunciado á la elección del Jurado, y no sé si llegaré á tiempo para llevar algo á la exposición; pero ahora que tú te marchas también, no tengo nada que hacer aquí y me voy.

— ¿Que yo marchó?... preguntó Santiago asombrado; ¿quién ha dicho á usted semejante cosa?

— Ayer, en casa de la princesa Koloubine. ¿No eres tú de los que van en la expedición al lago de Como, organizada por el príncipe Gregoriew?..

— No sé una palabra de tal expedición.

— ¿De veras?... prosiguió Lechantre sorprendido. Pues parece que va á ser una magnífica expedición... Viaje á Génova en yate, descanso en Milán, visita á Bellagio; luego regreso por Lugano y el lago Mayor... La baronesa Pepper, Jacobsen y la señorita Sonia tienen hechos ya sus preparativos, y como la baronesa Liebling va también, supongo que la acompañarás.

Santiago se había puesto lívido.

— Ayer la vi, y nada me dijo.

— ¡Hombre! ¿Qué me cuentas?.. Pues el viaje lo emprenden mañana á las nueve.

— Entonces, murmuró el desgraciado, entonces... no hay duda... esa mujer me hace traición.

— Ese es otro punto de vista, respondió Lechantre, y creo á la señora que te ha vuelto el juicio muy capaz de una infidelidad... Y si he de hablarte con franqueza, hijo, oyendo ayer á aquellas señoras hablar del viaje, me temía algo de lo que temes, y he querido prevenirte para que tu adorado tormento no se burle de ti.

— ¡Oh! No se marchará, exclamó el artista, yo se lo impediré.

— Eso se dice fácilmente; pero si ella realmente quiere marcharse, á ver cómo se lo vas á impedir... No, ¡vive Dios!; otra cosa has de hacer, algo que sea digno de ti... Lo que has de hacer hoy es ir á romper un lazo criminal que arruina tu porvenir.

(Continúa)



Cuentos de Grimm. - El gnomo, dibujo de P. Grot Johann

Cuentos de Grimm

NUEVA EDICIÓN MONUMENTAL ALEMANA
ilustrada por P. Grot Johann

Entre las muchas colecciones de cuentos que las distintas literaturas han producido, pocas gozan de la reputación y popularidad que la de los hermanos Grimm, no sólo en Alemania, en donde es considerada como monumento literario salido del pueblo y para el pueblo escrito, sino en el resto de Europa, en donde su lectura ha servido de grato solaz é instructivo entretenimiento de niños y aun de adultos durante algunas generaciones.

Ningún libro de cuentos reúne tantos atractivos como esa colección clásica que, por dondequiera que se abra, hace revivir en el alma del lector las dulces impresiones de la infancia y de la adolescencia y cuyas figuras de reyes, hadas, gigantes, gnomos y ondinas fíjense de modo indeleble en la mente de los que con curiosidad de niño han leído esa serie de narraciones.

La obra de los ilustres filólogos de Cassel conserva, á pesar de los años, toda su frescura, todos sus encantos y es de las que se leen y leerán siempre con delectación; no siendo, por consiguiente, de extrañar que de ella se hayan hecho innumerables ediciones en todos los idiomas.

La importante casa alemana *Deutsche Verlags-Anstalt* acaba de publicar una que merece ser calificada de monumental bajo todos conceptos, sobre todo por la multitud de hermosos grabados que la ilustran, debidos al lápiz del reputado dibujante P. Grot Johann. Como muestra de ellos publicamos algunos en esta página, al propio tiempo que tomamos de la colección citada uno de los bellísimos cuentos que creemos han de leer con gusto nuestros suscriptores.

LAS TRES PLUMAS

Erase, una vez, un rey que tenía tres hijos, dos de ellos sabios y discretos y el tercero poco hablador y sencillote, por lo que le llamaban el *tonto*. Viejo y débil el monarca, sintiéndose cercano á la muerte y no sabiendo á cuál de sus hijos dejar su reino, díjoles un día: «Id por el mundo, y el que me traiga el tapiz más fino será rey cuando yo muera.» Y para que no riñeran los tres hermanos, salió á la puerta del palacio, echó tres plumas al aire y les ordenó que cada uno siguiera la dirección que éstas tomaran. Una pluma voló hacia Oriente, otra hacia Occidente y otra cayó en seguida al suelo, en vista de lo que uno de los hermanos se encaminó hacia la derecha y el otro hacia la izquierda, burlándose del *tonto*, que hubo de quedarse donde la tercera pluma había caído.

Triste y cabizbajo estaba el infeliz, cuando observó que junto á la pluma había una trampa, que levantada puso al descubierto una escalera: descendió por ésta y encontróse delante de otra puerta, á la que llamó, oyendo que desde dentro decían: «Niña verde y pequeña, la de la pierna encogida, vé á ver quién está ahí fuera.»

Abrióse la puerta y el *tonto* pudo ver una rana grande rodeada de otras muchas ranitas. Preguntóle aquélla que qué quería, á lo que él repuso que deseaba el tapiz más fino y más bello; entonces dijo á una de las ranitas: «Niña verde y pequeña, la de la pierna encogida, tráeme la caja grande.» Traída que fué, abrióla y sacó de ella, entregándolo al *tonto*, un tapiz tan hermoso y tan delicado como otro igual no podía tejerse en la tierra. Dióle él las gracias y salió de allí.

Los otros dos hermanos tenían por tan tonto al pequeño, que creyeron que nada encontraría; así es que no apurándose gran cosa, cogieron el vestido de la primera pastora con quien toparon y lleváronselo á su padre. Al mismo tiempo llegó el *tonto* con su precioso tapiz, y al verlo el rey exclamó asombrado: «En justicia, mi reino debe ser para éste.» Pero los otros no dejaron un momento de reposo á su padre, haciéndole ver la imposibilidad de que el *tonto* fuera rey y pidiéndole que les impusiera una nueva condición. Accedió á ello el anciano, y declaró que sería su heredero el que le llevara la sortija más hermosa. Repitióse la prueba de las plumas; y como la otra vez, los dos hermanos mayores se dirigieron hacia Oriente y hacia Occidente y el menor se quedó en el sitio en donde cayera la pluma que, como entonces, fué á parar junto á la trampa. Bajó el *tonto* la escalera; y habiendo expuesto á la rana el objeto que de nuevo le llevaba á su presencia, recibió de ella una sortija de piedras preciosas, tan sumamente bella que ningún artífice de la tierra hubiera podido fabricar otra que ni de lejos se le pareciera. Los dos mayores, burlándose del aprieto en que el otro se vería para cumplir la condición impuesta, no se apuraron



Cuentos de Grimm. - Las tres plumas, dibujo de P. Grot Johann

para llenar por su parte su cometido, y arrancando el anillo de un coche quitáronle los clavos y lo presentaron á su padre; mas cuando éste vió la sortija que le entregaba el pequeño, declaró que á él y sólo á él correspondía el reino. Los dos hermanos no cesaron de atormentar al monarca hasta que obtuvieron de él que impusiera una nueva condición, y fué la de que le sucedería en el trono el que le llevase la mujer más bonita. Echó al aire las tres plumas, y sucedió lo mismo que las otras dos veces.

El *tonto* se encaminó á la cueva de la rana y díjole: «Necesito la mujer más hermosa.» «¡Ay, hijo mío!, le respondió la rana, eso sí que no lo tengo á mano; pero no te asustes, que tuya ha de ser.» Y dicho esto, le entregó una zanahoria vaciada, de la que tiraban seis ratoncitos. «Y ¿qué hago yo con esto?», exclamó el *tonto*, saltándose casi las lágrimas. «Coloca aquí dentro á una de mis ranitas.» Hízolo así, cogiendo al azar una de éstas y metiéndola en el extraño vehículo; mas apenas la hubo sentado, convirtiéndose la



Cuentos de Grimm. - Los músicos de Brema, dibujo de P. Grot Johann

rana en hermosísima doncella y la zanahoria y los ratones se transformaron en magnífico coche y briosos caballos. Besó el sorprendido mozo á la muchacha y fuése con ella al palacio del rey, adonde llegaron después sus dos hermanos, que como de costumbre, no se habían inquietado lo más mínimo por encontrar una mujer guapa, contentándose con las dos primeras labradoras que les parecieron más aceptables.

Cuando el rey tuvo en su presencia á sus tres hijos, declaró que al menor correspondería el trono después de su muerte. Pusieron los dos mayores una vez más el grito en el cielo, diciendo que en modo alguno podían tolerar que el tonto llegara á ser monarca y pidiendo á su padre que sólo reconociera como á tal á aquel



Cuentos de Grimm. — La hija del molinero, dibujo de P. Grot Johann

cuya esposa pudiera saltar mejor por entre un aro que pendía del techo en el centro del salón. Impulsábase á pedir esto la idea de que sus mujeres, á fuer de aldeanas robustas, podrían dar fácilmente el salto, al paso que la del tonto, joven, delicada y endeble, caería y se mataría si lo intentaba. El anciano rey accedió también á esta petición: saltaron las dos labradoras; pero como muy pesadas, cayeron y se rompieron los brazos y las piernas; en cambio la hermosa doncella que se había casado con el tonto ejecutó el salto con la misma ligereza que una corza.

Después de esto cesó toda oposición, y el tonto ciñóse la corona, que compartió con su amada compañera, y vivió muchos años, siendo un rey sabio, prudente y bondadoso.

PAPETE ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BUN BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos de ASMA y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTEPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 para ó mezclada con agua, disipa PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES & conserve el cutis limpio y terso.

ELIXIR DE PROTOCLORURO DE HIERRO CON HIPOFOSFITOS
 DE VIVAS PEREZ

La medicación más poderosa que puede emplearse en la curación de las afecciones CLORÓTICAS, ESCROFULOSAS y TUBERCULOSAS (colores pálidos, tumores fríos, menstruaciones difíciles, pérdidas blancas) ANEMIA.

El mejor fortificante para los temperamentos linfáticos, débiles y empobrecidos. De venta en todas las farmacias del mundo.

Depósito general: Almería, Farmacia de VIVAS PEREZ

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D.º FRANCK
 Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones, curados ó prevenidos. (Etiqueta adjunta en 4 colores)
 PARIS: Farmacia LEROY 91, rue des Petits-Champs. En todas las Farmacias de España.

APIOL de los D.ºs JORET & HOMOLLE
 El APIOL cura los dolores, retrasos, supresiones de las EPOCAS, así como las pérdidas. Pero con frecuencia es falsificado. El APIOL verdadero, único eficaz, es el de los inventores, los D.ºs JORET y HOMOLLE.
 MEDALLAS Exp.º Univ.º LONDRES 1862 - PARIS 1889
 Par.º BRIANT, 150, rue de Rivoli, PARIS

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION y toda afección Espasmódica de las vías respiratorias. 25 años de éxito. Med. Oro y Plata. J. FERRÉ y C.º, Vicos, 102, R. Richelieu, Paris.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA PREMIO DEL INSTITUTO AL D.º CORVISART, EN 1856
 Medallas en las Exposiciones internacionales de PARIS - LYON - VIENNA - PHILADELPHIA - PARIS 1867 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS DISPEPSIAS GASTRITIS - GASTRALGIAS DIGESTION LENTAS Y PENOSAS FALTA DE APETITO Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE ELIXIR. . . de PEPSINA BOUDAULT VINO . . . de PEPSINA BOUDAULT POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

Jarabe de Digital de LABELONYE
 contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor éxito

Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
 El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Bergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN
 HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.
 Medalla de Oro de la S.ª de F.ª de Paris LABELONYE y C.º, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

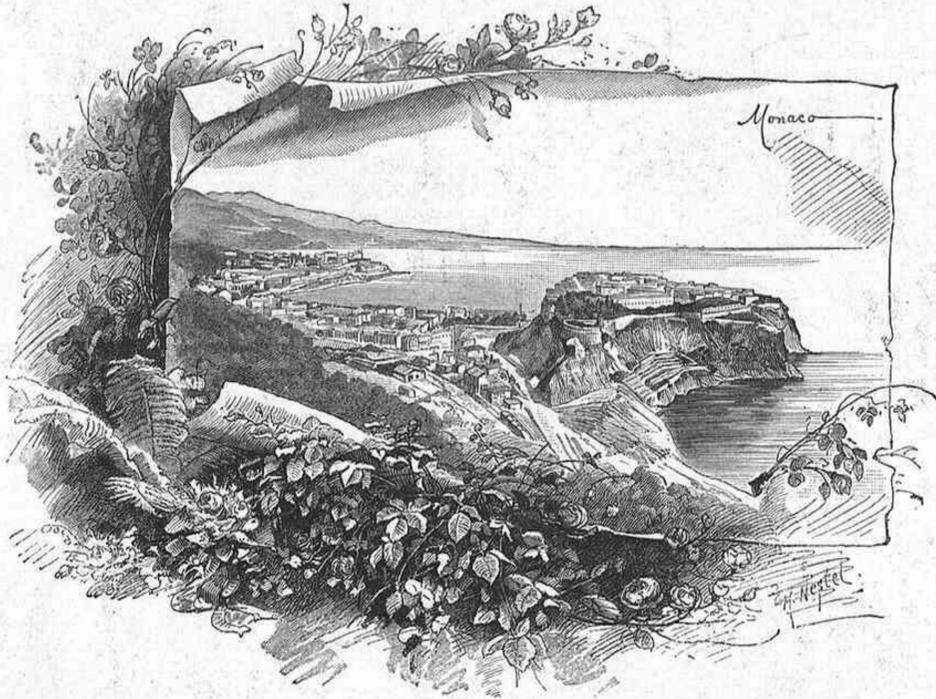
CARNE y QUINA
 El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.
VINO AROUD con QUINA
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE
 CARNE y QUINA son los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estomago y los Intestinos. Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al Vino de Quina de Aroud.
 Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD. SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.
 EXIJASE el nombre y la firma AROUD

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN
por autores ó editores

LA ESPAÑA MODERNA. - El último número de esta revista, en donde sólo se publican escritos de autores españoles ó de extranjeros que de asuntos de España se ocupan, contiene interesantes trabajos de Emilia Pardo Bazán, Campoamor, Pirala, Echegaray, Pero Pérez, Salillas, Fernández Duro, Castelar, Villegas, Menéndez Pelayo y Gladstone. - Se suscribe, Cuesta de Santo Domingo, 16, Madrid.

REVISTA INTERNACIONAL. - Esta nueva publicación mensual se propone dar á conocer en España los escritos más importantes que se publiquen en el extranjero. El primer número contiene notables trabajos de Barbey, Zola, Sainte Beuve, Coppée, Daudet, Tolstoy, Filicaja, Arnold, Gautier, Ibsen y Caró. Se suscribe, al precio de 30 pesetas al año en España y 40 francos en el extranjero, en la Cuesta de Santo Domingo, 16, Madrid.

LA VENDETTA, por Balzac. - La España Editorial (Madrid, Cruzada, 4) acaba de publicar una de las novelas más interesantes de Balzac, *La Vendetta*, que forma parte de las *Escenas de la vida privada*. La edición castellana, hecha con todo esmero, forma un ele-



VISTA DE MÓNACO

gante volumen de 167 páginas y 28 bonitos grabados. - Véndese á 2 pesetas.

RESEÑA DE LOS PRODUCTOS NATURALES y más especialmente de las plantas medicinales espontáneas en el partido judicial de Saldaña, por D. Aquilino Macho Tomé. - El título de este libro indica sobradamente el asunto de que trata, y el premio que obtuvo en el concurso celebrado por *La Farmacia Moderna* y el dictamen sobre el mismo pronunciado por hombres de gran saber en esa especialidad son el mejor testimonio de la valía de este trabajo, que revela grandes conocimientos y profundos estudios en su autor. El libro ha sido impreso en Valladolid en el establecimiento tipográfico de Hijos de Pastor.

EL HUERCO, poema por Luis Cánovas. - Tomando el argumento de una interesante tradición contenida en la hermosa colección de «Narraciones catalanas» recogidas por el distinguido publicista D. Sebastián Farnés, ha escrito nuestro distinguido colaborador D. Luis Cánovas un bellissimo poema, en el que campea verdadera inspiración y que revela perfecto dominio de la métrica. *El huerco* es, en suma, una composición que justifica una vez más la reputación literaria conquistada por su autor.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.); sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILVORE DUSSEY**, 1. rue J.-J.-Roussseau, Paris.

Enfermedades de la Vegiga
Arenilla, Mal de piedra, Incontinencia, Retención, Cólicos nefríticos, curados por las
PÍLDORAS Benzoicas ROCHER
Fl. 5 francos. ROCHER, farmacéutico, 112, r. Turenne, Paris.
Léase con atención el folleto ilustrado que se remite contra envío de 1 Peseta.
En Barcelona: Vicente Ferrer

QUINA ANTI-DIABÉTICA ROCHER
FRASCO: 3'50. Expedición franco de dos frascos contra 8 fr. - Depósito ROCHER, Farmacéutico, 112, Rue de Turenne, PARIS, y FARMACIAS.
Envío gratis y franco de un estudio interesante indicando causas y consecuencias de la DIABETIS.
En Barcelona: Vicente Ferrer

DUGOUR, constructor, 81, Faub, 9 St. Denis, Paris, vende al por menor á igual precio que al por mayor. Velocípedos de camino, 145 fr. Soberbios neumáticos, 295 fr. Catálogo gratis

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - Precio: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de ababolos, conviene, sobre todo á las personas delicadas, con base de mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES DEL PECHO y de los INTESTINOS.

CARNE, HIERRO y QUINA
El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.
VINO FERRUGINOSO AROUD
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE
CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de exito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas prueban que esta asociación de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteracion de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrofulosas y escorbúticas, etc. El **Vino Ferruginoso de Aroud** es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordina y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y descolorida: el Vigor, la Coloracion y la Energia vital.
Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS
EXIJASE el nombre y AROUD

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
Fabrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^o, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

Pildoras y Jarabe de BLANCARD
Solucion **BLANCARD**
y
Comprimidos de Exalgina
de Exalgina
JAQUECAS, COREA, REUMATISMOS
DOLORS DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS, NEURALGICOS.
El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento.
CONTRA EL DOLOR
Exigase la Firma y el Sello de Garantia. - Venta al por mayor: Paris, 40, r. Bonaparte.

Las Personas que conocen las **PILDORAS del DEHAUT** DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le conviene, segun sus ocupaciones. Como el causante que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á expusar cuantas veces sea necesario.

PAPEL WLINSI
Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Deposito en todas las Farmacias
PARIS, 81, Rue de Seine.

VELOUTINE FAY POLVO DE ARROZ EXTRA
El mejor y mas célebre polvo de tocador
preparado con bismuto
por Ch. Fay, perfumista
9, Rue de la Paix, PARIS

Quedan reservados los derechos de propiedad artistica y literaria

IMP. DE MONJARDY Y SIMON